

30-9-2022

REVISTA “PLUMA Y TINTERO”

N.º 82 - ESPECIAL ATENEO “MABEL
GONDÍN” - OCTUBRE 2022 – F. F. L.

Juana Castillo Escobar – sentadoelescriba@gmail.com
ATENEO “MABEL GONDÍN” – FORO FEMENINO LATINOAMERICANO

“PLUMA Y TINTERO”

Año XII – N.º 82

OCTUBRE. 2022 – N.º EXTRAORDINARIO

Edita, idea, diseña y dirige:
Juana Castillo Escobar

Servicio Técnico:
L. M. Cuesta

606-445-550

sentadoelescriba@gmail.com

ISSN 2171 – 8288
MADRID – ESPAÑA

**“PLUMA Y TINTERO”, la
revista literaria que se
edita en Madrid y
recorre el mundo
entero.**

Revista Literario-artística, gratuita, de aparición bimestral en la que puede publicar todo aquel autor que tenga algo que compartir. En “Pluma y Tintero” se dan cita casi todas las artes: literatura (poesía, relato, cuento, micro relato, etc.); pintura; fotografía... También entrevistamos, cuando el espacio lo permite, a nuestros colaboradores más señeros.

La Dirección no se responsabiliza de las opiniones expuestas por sus autores. Éstos conservan el copyright de sus obras.

Algunos de los países que reciben Pluma y Tintero

Albania, Alemania, Arabia Saudí, Argelia, Argentina, Armenia, Australia, Austria, Bangladesh, Bélgica, Benín, Bielo Rusia, Bosnia, Bolivia, Brasil, Burkina Faso, Canadá, Colombia, Corea, Costa Rica, Costa de Marfil, Cuba, China, Chile, Chipre, Dinamarca, Ecuador, Egipto, El Salvador, Eslovenia, España, Estados Unidos, Finlandia, Francia, Ghana, Grecia, Guatemala, Holanda, Honduras, Hungría, Indonesia, Inglaterra, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Jordania, Luxemburgo, Malasia, Marruecos, México, Moldavia, Mongolia, Nueva Zelanda, Omán, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Portugal, Puerto Rico, Rep. Checa, Rep. de Macedonia, Rumania, Rusia, Senegal, Suecia, Suiza, Taiwán, Túnez, Turquía, Ucrania, Uruguay...

Esperamos ser más en un futuro próximo.

NÚMERO EXTRAORDINARIO – ATENEO “MABEL GONDÍN”

FORO FEMENINO LATINOAMERICANO

HOMENAJE A MABEL GONDÍN - FORO FEMENINO LATINOAMERICANO



Mabel Gondín (1932- 2021)

“Burbujas
son burbujas
las que rondan mis tropiezos
burbujas suspendidas
en el tiempo del recuerdo.”

(del poema: “Burbujas”, Mabel Gondín,
Antología “Yo Soy Una y Soy Mil”,
pág..24, 2014)

Lectura n.º 3 – 3 de octubre 2022

TRABAJOS DE LOS PARTICIPANTES EN EL ATENEO, “Extranjero” y Argentina,

POR ORDEN DE RECEPCIÓN

Felisberto Hernández



El balcón

(Uruguay 1902-1963)

Había una ciudad que a mí me gustaba visitar en verano. En esa época casi todo un barrio se iba a un balneario cercano. Una de las casas abandonadas era muy antigua; en ella habían instalado un hotel y apenas empezaba el verano la casa se ponía triste, iba perdiendo sus mejores familias y quedaba habitada nada más que por los sirvientes. Si yo me hubiera escondido detrás de ella y soltado un grito, éste enseguida se hubiese apagado en el musgo.

El teatro donde yo daba los conciertos también tenía poca gente y lo había invadido el silencio: yo lo veía agrandarse en la gran tapa negra del piano. Al silencio le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el

silencio ya era de confianza, intervenía en la música: pasaba entre los sonidos como un gato con su gran cola negra y los dejaba llenos de intenciones.

Al final de uno de esos conciertos, vino a saludarme un anciano tímido. Debajo de sus ojos azules se veía la carne viva y enrojecida de sus párpados caídos; el labio inferior, muy grande y parecido a la baranda de un palco, daba vuelta alrededor de su boca entreabierta. De allí salía una voz apagada y palabras lentas; además, las iba separando con el aire quejoso de la respiración.

Después de un largo intervalo me dijo:

-Yo lamento que mi hija no pueda escuchar su música.

No sé por qué se me ocurrió que la hija se habría quedado ciega; y enseguida me di cuenta de que una ciega podía oír, que más bien podía haberse quedado sorda, o no estar en la ciudad; y de pronto me detuve en la idea de que podría haberse muerto. Sin embargo, aquella noche yo era feliz; en aquella ciudad todas las cosas eran lentas, sin ruido yo iba atravesando, con el anciano, penumbras de reflejos verdosos.

De pronto me incliné hacia él -como en el instante en que debía cuidar de algo muy delicado- y se me ocurrió preguntarle:

-¿Su hija no puede venir?

Él dijo «ah» con un golpe de voz corto y sorpresivo; detuvo el paso, me miró a la cara y por fin le salieron estas palabras:

-Eso, eso; ella no puede salir. Usted lo ha adivinado. Hay noches que no duerme pensando que al día siguiente tiene que salir. Al otro día se levanta temprano, apronta todo y le viene mucha agitación. Después se le va pasando. Y al final se sienta en un sillón y ya no puede salir.

La gente del concierto desapareció enseguida de las calles que rodeaban al teatro y nosotros entramos en el café. Él le hizo señas al mozo y le trajeron una bebida oscura en el vasito. Yo lo acompañaría nada más que unos instantes; tenía que ir a cenar a otra parte. Entonces le dije:

-Es una pena que ella no pueda salir. Todos necesitamos pasear y distraernos.

Él, después de haber puesto el vasito en aquel labio tan grande y que no alcanzó a mojarse, me explicó:

-Ella se distrae. Yo compré una casa vieja, demasiado grande para nosotros dos, pero se halla en buen estado. Tiene un jardín con una fuente; y la pieza de ella tiene, en una esquina, una puerta que da sobre un balcón de invierno; y ese balcón da a la calle; casi puede decirse que ella vive en el balcón. Algunas veces también pasea por el jardín y algunas noches toca el piano. Usted podrá venir a cenar a mi casa cuando quiera y le guardaré agradecimiento.

Comprendí enseguida; y entonces decidimos el día en que yo iría a cenar y a tocar el piano.

Él me vino a buscar al hotel una tarde en que el sol todavía estaba alto. Desde lejos, me mostró la esquina donde estaba colocado el balcón de invierno. Era en un primer piso. Se entraba por un gran portón que había al costado de la casa y que daba a un jardín con una fuente de estatuillas que se escondían entre los yuyos. El jardín estaba rodeado por un alto paredón; en la parte de arriba le habían puesto pedazos de vidrio pegados con mezcla. Se subía a la casa por una escalinata colocada delante de una galería desde donde se podía mirar al jardín a través de una vidriera. Me sorprendió ver, en el largo corredor, un gran número de sombrillas abiertas; eran de distintos colores y parecían grandes plantas de invernáculo. Enseguida el anciano me explicó:

-La mayor parte de estas sombrillas se las he regalado yo. A ella le gusta tenerlas abiertas para ver los colores. Cuando el tiempo está bueno elige una y da una vueltita por el jardín. En los días que hay viento no se puede abrir esta puerta porque las sombrillas se vuelan, tenemos que entrar por otro lado.

Fuimos caminando hasta un extremo del corredor por un techo que había entre la pared y las sombrillas. Llegamos a una puerta, el anciano tamborileó con los dedos en el vidrio y adentro respondió una voz apagada. El anciano me hizo entrar y enseguida vi a su hija de pie en medio del balcón de invierno; frente a nosotros y de espaldas a vidrios de colores. Sólo cuando nosotros habíamos cruzado la mitad del salón ella salió de su balcón y nos vino a alcanzar. Desde lejos ya venía levantando la mano y diciendo palabras de agradecimiento por mi visita. Contra la pared que recibía menos luz había recostado un pequeño piano abierto, su gran sonrisa amarillenta parecía ingenua.

Ella se disculpó por el hecho de no poder salir y señalando el balcón vacío, dijo:

-Él es mi único amigo.

Yo señalé al piano y le pregunté:

-Y ese inocente, ¿no es amigo suyo también?

Nos estábamos sentando en sillas que había a los pies de ella. Tuve tiempo de ver muchos cuadritos de flores pintadas colocadas todos a la misma altura y alrededor de las cuatro paredes como si formaron un friso. Ella había dejado abandonada en medio de su cara una sonrisa tan inocente como la del piano; pero su cabello rubio y desteñido y su cuerpo delgado también parecían haber sido abandonados desde mucho tiempo. Ya empezaba a explicar por qué el piano no era tan amigo suyo como el balcón, cuando el anciano salió casi en puntas de pie. Ella siguió diciendo:

-El piano era un gran amigo de mi madre.

Yo hice un movimiento como para ir a mirarlo; pero ella, levantando una mano y abriendo los ojos, me detuvo:

-Perdone, preferiría que probara el piano después de cenar, cuando haya luces encendidas. Me acostumbré desde muy niña a oír el piano nada más que por la noche. Era cuando lo tocaba mi madre. Ella encendía las cuatro velas de los candelabros y tocaba notas tan lentas y tan separadas en el silencio como si también fuera encendiendo, uno por uno, los sonidos.

Después se levantó y pidiéndome permiso se fue al balcón; al llegar a él le puso los brazos desnudos en los vidrios como si los recostara sobre el pecho de otra persona. Pero enseguida volvió y me dijo:

-Cuando veo pasar varias veces a un hombre por el vidrio rojo casi siempre resulta que él es violento o de mal carácter.

No pude dejar de preguntarle:

-Y yo ¿en qué vidrio caí?

-En el verde. Casi siempre les toca a las personas que viven solas en el campo.

-Casualmente a mí me gusta la soledad entre plantas -le contesté.

Se abrió la puerta por donde yo había entrado y apareció el anciano seguido por una sirvienta tan baja que yo no sabía si era niña o enana. Su cara roja aparecía encima de la mesita que ella misma traía en sus bracitos. El anciano me preguntó:

-¿Qué bebida prefiere?

Yo iba a decir «ninguna», pero pensé que se disgustaría y le pedí una cualquiera. A él le trajeron un vasito con la bebida oscura que yo le había visto tomar a la salida del concierto. Cuando ya era del todo la noche fuimos al comedor y pasamos por la galería de las sombrillas; ella cambió algunas de lugar y mientras yo se las elogiaba se le llenaba la cara de felicidad.

El comedor estaba en un nivel más bajo que la calle y a través de pequeñas ventanas enrejadas se veían los pies y las piernas de los que pasaban por la vereda. La luz, no bien salía de una pantalla verde, ya daba sobre un mantel blanco; allí se había reunido, como para una fiesta de recuerdos, los viejos objetos de la familia. Apenas nos sentamos, los tres nos quedamos callados un momento; entonces todas las cosas que había en la mesa parecían formas preciosas del silencio. Empezaron a entrar en el mantel nuestros pares de manos: ellas parecían habitantes naturales de la mesa. Yo no podía dejar de pensar en la vida de las manos. Haría muchos años, unas manos habían obligado a estos objetos de la mesa a tener una forma. Después de mucho andar ellos encontrarían colocación en algún aparador. Estos seres de la vajilla tendrían que servir a toda clase de manos. Cualquiera de ellas echaría los alimentos en las caras lisas y brillosas de los platos; obligarían a las jarras a llenar y a volcar sus caderas; y a los cubiertos, a hundirse en la carne, a

deshacerla y a llevar los pedazos a la boca. Por último, los seres de la vajilla eran bañados, secados y conducidos a sus pequeñas habitaciones. Algunos de estos seres podrían sobrevivir a muchas parejas de manos; algunas de ellas serían buenas con ellos, los amarían y los llenarían de recuerdos, pero ellos tendrían que seguir viviendo en silencio.

Hacía un rato, cuando nos hallábamos en la habitación de la hija de la casa y ella no había encendido la luz -quería aprovechar hasta el último momento el resplandor que venía de su balcón-, estuvimos hablando de los objetos. A medida que se iba la luz, ellos se acurrucaban en la sombra como si tuvieran plumas y se prepararan para dormir. Entonces ella dijo que los objetos adquirirían alma a medida que entraban en relación con las personas. Algunos de ellos antes habían sido otros y habían tenido otra alma (algunos que ahora tenían patas, antes habían tenido ramas, las teclas habían sido colmillos), pero su balcón había tenido alma por primera vez cuando ella empezó a vivir en él.

De pronto apareció en la orilla del mantel la cara colorada de la enana. Aunque ella metía con decisión sus bracitos en la mesa para que las manitas tomaran las cosas, el anciano y su hija le acercaban los platos a la orilla de la mesa. Pero al ser tomados por la enana, los objetos de la mesa perdían dignidad. Además, el anciano tenía una manera apresurada y humillante de agarrar el botellón por el pescuezo y doblegarlo hasta que le salía vino.

Al principio la conversación era difícil. Después apareció dando campanadas un gran reloj de pie; había estado marchando contra la pared situada detrás del anciano; pero yo me había olvidado de su presencia. Entonces empezamos a hablar. Ella me preguntó:

-¿Usted no siente cariño por las ropas viejas?

-¡Cómo no! Y de acuerdo a lo que usted dijo de los objetos, los trajes son los que han estado en más estrecha relación con nosotros -aquí yo me reí y ella se quedó seria-; y no me parecería imposible que guardaran de nosotros algo más que la forma obligada del cuerpo y alguna emanación de la piel.

Pero ella no me oía y había procurado interrumpirme como alguien que intenta entrar a saltar cuando están torneando la cuerda. Sin duda me había hecho la pregunta pensando en lo que respondería ella.

Por fin dijo:

-Yo compongo mis poesías después de estar acostada -ya, en la tarde, había hecho alusión a esas poesías- y tengo un camisón blanco que me acompaña desde mis primeros poemas. Algunas noches de verano voy con él al balcón. El año pasado le dediqué una poesía.

Había dejado de comer y no se le importaba que la enana metiera los bracitos en la mesa. Abrió los ojos como ante una visión y empezó a recitar:

-A mi camisón blanco.

Yo endurecía todo el cuerpo y al mismo tiempo atendía a las manos de la enana. Sus deditos, muy sólidos, iban arrollados hasta los objetos, y sólo a último momento se abrían para tomarlos.

Al principio yo me preocupaba por demostrar distintas maneras de atender; pero después me quedé haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza, que coincidía con la llegada del péndulo a uno de los lados del reloj. Esto me dio fastidio; y también me angustiaba el pensamiento de que pronto ella terminaría y yo no tenía preparado nada para decirle; además, al anciano le había quedado un poco de acelga en el borde del labio inferior y muy cerca de la comisura.

La poesía era cursi, pero parecía bien medida; con «camisón» no rimaba ninguna de las palabras que yo esperaba; le diría que el poema era fresco. Yo miraba al anciano y al hacerlo me había pasado la lengua por el labio inferior, pero él escuchaba a la hija. Ahora yo empezaba a sufrir porque el poema no terminaba. De pronto dijo «balcón» para rimar con «camisón», y ahí terminó el poema.

Después de las primeras palabras, yo me escuchaba con serenidad y daba a los demás la impresión de buscar algo que ya estaba a punto de encontrar:

-Me llama la atención -comencé- la calidad de adolescencia que le ha quedado en el poema. Es muy fresco y...

Cuando yo había empezado a decir «es muy fresco», ella también empezaba a decir:

-Hice otro...

Yo me sentí desgraciado; pensaba en mí con un egoísmo traicionero. Llegó la enana con otra fuente y me serví con desenfado una buena cantidad. No quedaba ningún prestigio: ni el de los objetos de la mesa, ni el de la poesía, ni el de la casa que tenía encima, con el corredor de las sombrillas, ni el de la hiedra que tapaba todo un lado de la casa. Para peor, yo me sentía separado de ellos y comía en forma canallesca; no había una vez que el anciano no manoteara el pescuezo del botellón que no encontrara mi copa vacía.

Cuando ella terminó el segundo poema, yo dije:

-Si esto no estuviera tan bueno -yo señalaba el plato- le pediría que me dijera otro. Enseguida el anciano dijo:

-Primero ella debía comer. Después tendrá tiempo.

Yo empezaba a ponerme cínico, y en aquel momento no se me hubiera importado dejar que me creciera una gran barriga. Pero de pronto sentí como una necesidad de agarrarme del saco de aquel pobre viejo y tener para él un momento de

generosidad. Entonces señalándole el vino le dije que hacía poco me habían hecho un cuento de un borracho. Se lo conté, y al terminar los dos empezaron a reírse desesperadamente; después yo seguí contando otros. La risa de ella era dolorosa; pero me pedía por favor que siguiera contando cuentos; la boca se le había estirado para los lados como un tajo impresionante; las «patas de gallo» se le habían quedado prendidas en los ojos llenos de lágrimas, y se apretaba las manos juntas entre las rodillas. El anciano tosía y había tenido que dejar el botellón antes de llenar la copa. La enana se reía haciendo como un saludo de medio cuerpo.

Milagrosamente todos habíamos quedado unidos y yo no tenía el menor remordimiento.

Esa noche no toqué el piano. Ellos me rogaron que me quedara, y me llevaron a un dormitorio que estaba al lado de la casa que tenía enredaderas de hiedra. Al comenzar a subir la escalera, me fijé que del reloj de pie salía un cordón que iba siguiendo a la escalera, en todas sus vueltas. Al llegar al dormitorio, el cordón entraba y terminaba atado en una de las pequeñas columnas del dosel de mi cama. Los muebles eran amarillos, antiguos, y la luz de una lámpara hacía brillar sus vientres. Yo puse mis manos en mi abdomen y miré el del anciano. Sus últimas palabras de aquella noche habían sido para recomendarme:

-Si usted se siente desvelado y quiere saber la hora, tire de este cordón. Desde aquí oírás el reloj del comedor; primero le dará las horas y, después de un intervalo, los minutos.

De pronto se empezó a reír, y se fue dándome las «buenas noches». Sin duda se acordaría de uno de los cuentos, el de un borracho que conversaba con un reloj.

Todavía el anciano hacía crujir la escalera de madera con sus pasos pesados, cuando yo ya me sentía solo con mi cuerpo. Él -mi cuerpo- había atraído hacia sí todas aquellas comidas y todo aquel alcohol como un animal tragando a otros; y ahora tendría que luchar con ellos toda la noche. Lo desnudé completamente y lo hice pasear descalzo por la habitación.

Enseguida de acostarme quise saber qué cosa estaba haciendo yo con mi vida en aquellos días; recibí de la memoria algunos acontecimientos de los días anteriores, y pensé en personas que estaban muy lejos de allí. Después empecé a deslizarme con tristeza y con cierta impudicia por algo que era como las tripas del silencio.

A la mañana siguiente hice un recorrido sonriente y casi feliz de las cosas de mi vida. Era muy temprano; me vestí lentamente y salí a un corredor que estaba a pocos metros sobre el jardín. De este lado también había yuyos altos y árboles espesos. Oí conversar al anciano y a su hija, y descubrí que estaban sentados en un banco colocado bajo mis pies. Entendí primero lo que decía ella:

-Ahora Úrsula sufre más; no sólo quiere menos al marido, sino que quiere más al otro.

El anciano preguntó:

-¿Y no puede divorciarse?

-No; porque ella quiere a los hijos, y los hijos quieren al marido y no quieren al otro.

Entonces el anciano dijo con mucha timidez:

-Ella podría decir a los hijos que el marido tiene varias amantes.

La hija se levantó enojada:

-¡Siempre el mismo, tú! ¡Cuándo comprenderás a Úrsula! ¡Ella es incapaz de hacer eso!

Yo me quedé muy intrigado. La enana no podía ser -se llamaba Tamarinda-. Ellos vivían, según me había dicho el anciano, completamente solos. ¿Y esas noticias? ¿Las habrían recibido en la noche? Después del enojo, ella había ido al comedor y al rato salió al jardín bajo una sombrilla color salmón con volados de gasas blancas. A mediodía no vino a la mesa. El anciano y yo comimos poco y tomamos poco vino. Después yo salí para comprar un libro a propósito para ser leído en una casa abandonada entre los yuyos, en una noche muda y después de haber comido y bebido en abundancia.

Cuando iba de vuelta, pasó frente al balcón, un poco antes que yo, un pobre negro viejo y rengo, con un sombrero verde de alas tan anchas como las que usan los mejicanos. Se veía una mancha blanca de carne, apoyada en el vidrio verde del balcón.

Esa noche, apenas nos sentamos a la mesa, yo empecé a hacer cuentos, y ella no recitó.

Las carcajadas que soltábamos el anciano y yo nos servían para ir acomodando cantidades brutales de comida y de vinos. Hubo un momento en que nos quedamos silenciosos. Después, la hija nos dijo:

-Esta noche quiero oír música. Yo iré antes a mi habitación y encenderé las velas del piano. Hace ya mucho tiempo que no se encienden. El piano, ese pobre amigo de mamá, creará que es ella quien lo irá a tocar.

Ni el anciano ni yo hablamos una palabra más. Al rato vino Tamarinda a decirnos que la señorita nos esperaba.

Cuando fui a hacer el primer acorde, el silencio parecía un animal pesado que hubiera levantado una pata. Después del primer acorde salieron sonidos que empezaron a oscilar como la luz de las velas. Hice otro acorde como si adelantara otro paso. Y a los pocos instantes, y antes que yo tocara otro acorde más, estalló una cuerda. Ella dio un grito. El anciano y yo nos paramos; él fue hacia su hija,

que se había tapado los ojos, y la empezó a calmar diciéndole que las cuerdas estaban viejas y llenas de herrumbre. Pero ella seguía sin sacarse las manos de los ojos y haciendo movimientos negativos con la cabeza. Yo no sabía qué hacer; nunca se me había reventado una cuerda. Pedí permiso para ir a mi cuarto, y al pasar por el corredor tenía miedo de pisar una sombrilla.

A la mañana siguiente llegué tarde a la cita del anciano y la hija en el banco del jardín, pero alcancé a oír que la hija decía:

-El enamorado de Úrsula trajo puesto un gran sombrero verde de alas anchísimas. Yo no podía pensar que fuera aquel negro viejo y rengu que había visto pasar en la tarde anterior; ni podía pensar en quién traería esas noticias por la noche.

Al mediodía, volvimos a almorzar el anciano y yo solos. Entonces aproveché para decirle:

-Es muy linda la vista desde el corredor. Hoy no me quedé más porque ustedes hablaban de una Úrsula, y yo temía ser indiscreto.

El anciano había dejado de comer, y me había preguntado en voz alta:

-¿Usted oyó?

Vi el camino fácil para la confidencia, y le contesté:

-Sí, oí todo, ¡pero no me explico cómo Úrsula puede encontrar buen mozo a ese negro viejo y rengu que ayer llevaba el sombrero verde de alas tan anchas!

-¡Ah! -dijo el anciano-, usted no ha entendido. Desde que mi hija era casi una niña me obligaba a escuchar y a que yo interviniera en la vida de personajes que ella inventaba. Y siempre hemos seguido sus destinos como si realmente existieran y recibiéramos noticias de sus vidas. Ella les atribuye hechos y vestimentas que percibe desde el balcón. Si ayer vio pasar a un hombre de sombrero verde, no se extrañe que hoy se lo haya puesto a uno de sus personajes. Yo soy torpe para seguirle esos inventos, y ella se enoja conmigo. ¿Por qué no la ayuda usted? Si quiere yo...

No lo dejé terminar:

-De ninguna manera, señor. Yo inventaría cosas que le harían mucho daño.

A la noche ella tampoco vino a la mesa. El anciano y yo comimos, bebimos y conversamos hasta muy tarde de la noche.

Después que me acosté sentí crujir una madera que no era de los muebles. Por fin comprendí que alguien subía la escalera. Y a los pocos instantes llamaron suavemente a mi puerta. Pregunté quién era, y la voz de la hija me respondió:

-Soy yo; quiero conversar con usted.

Encendí la lámpara, abrí una rendija de la puerta y ella me dijo:

-Es inútil que tenga la puerta entornada; yo veo por la rendija del espejo, y el espejo lo refleja a usted desnudito detrás de la puerta.

Cerré enseguida y le dije que esperara. Cuando le indiqué que podía entrar, abrió la puerta de entrada y se dirigió a otra que había en mi habitación y que yo nunca pude abrir. Ella la abrió con la mayor facilidad y entró a tientas en la oscuridad de otra habitación que yo no conocía. Al momento salió de allí con una silla que colocó al lado de mi cama. Se abrió una capa azul que traía puesta y sacó un cuaderno de versos. Mientras ella leía yo hacía un esfuerzo inmenso para no dormirme; quería levantar los párpados y no podía; en vez, daba vuelta para arriba los ojos y debía parecer un moribundo. De pronto ella dio un grito como cuando se reventó la cuerda del piano; y yo salté de la cama. En medio del piso había una araña grandísima. En el momento que yo la vi ya no caminaba, había crispado tres de sus patas peludas, como si fuera a saltar. Después yo le tiré los zapatos sin poder acertarle. Me levanté, pero ella me dijo que no me acercara, que esa araña saltaba. Yo tomé la lámpara, fui dando la vuelta a la habitación cerca de las paredes hasta llegar al lavatorio, y desde allí le tiré con el jabón, con la tapa de la jabonera, con el cepillo, y sólo acerté cuando le tiré con la jabonera. La araña arrolló las patas y quedó hecha un pequeño ovillo de lana oscura. La hija del anciano me pidió que no le dijera nada al padre porque él se oponía a que ella trabajara o leyera hasta tan tarde. Después que ella se fue, reventé la araña con el taco del zapato y me acosté sin apagar la luz. Cuando estaba por dormirme, arrollé sin querer los dedos de los pies; esto me hizo pensar en que la araña estaba allí, y volví a dar un salto.

A la mañana siguiente vino el anciano a pedirme disculpas por la araña. Su hija se lo había contado todo. Yo le dije al anciano que nada de aquello tenía la menor importancia, y para cambiar de conversación le hablé de un concierto que pensaba dar por esos días en una localidad vecina. Él creyó que eso era un pretexto para irme, y tuve que prometerle volver después del concierto.

Cuando me fui, no pude evitar que la hija me besara una mano; yo no sabía qué hacer. El anciano y yo nos abrazamos, y de pronto sentí que él me besaba cerca de una oreja. No alcancé a dar el concierto. Recibí a los pocos días un llamado telefónico del anciano. Después de las primeras palabras, me dijo:

-Es necesaria su presencia aquí.

-¿Ha ocurrido algo grave?

-Puede decirse que una verdadera desgracia.

-¿A su hija?

-No.

-¿A Tamarinda?

-Tampoco. No se lo puedo decir ahora. Si puede postergar el concierto venga en el tren de las cuatro y nos encontraremos en el Café del Teatro.

-¿Pero su hija está bien?

-Está en la cama. No tiene nada, pero no quiere levantarse ni ver la luz del día; vive nada más que con la luz artificial, y ha mandado cerrar todas las sombrillas.

-Bueno. Hasta luego.

En el Café del Teatro había mucho barullo, y fuimos a otro lado. El anciano estaba deprimido, pero tomó enseguida las esperanzas que yo le tendía. Le trajeron la bebida oscura en el vasito, y me dijo:

-Anteayer había tormenta, y a la tardecita nosotros estábamos en el comedor. Sentimos un estruendo, y enseguida nos dimos cuenta de que no era la tormenta. Mi hija corrió para su cuarto y yo fui detrás. Cuando yo llegué ella ya había abierto las puertas que dan al balcón, y se había encontrado nada más que con el cielo y la luz de la tormenta. Se tapó los ojos y se desvaneció.

-¿Así que le hizo mal esa luz?

-¡Pero, mi amigo! ¿Usted no ha entendido?

-¿Qué?

-¡Hemos perdido el balcón! ¡El balcón se cayó! ¡Aquella no era la luz del balcón!

-Pero un balcón...

Más bien me callé la boca. Él me encargó que no le dijera a la hija ni una palabra del balcón. Y yo, ¿qué haría? El pobre anciano tenía confianza en mí. Pensé en las orgías que vivimos juntos. Entonces decidí esperar blandamente a que se me ocurriera algo cuando estuviera con ella.

Era angustioso ver el corredor sin sombrillas.

Esa noche comimos y bebimos poco. Después fui con el anciano hasta la cama de la hija y enseguida él salió de la habitación. Ella no había dicho ni una palabra, pero apenas se fue el anciano miró hacia la puerta que daba al vacío y me dijo:

-¿Vio cómo se nos fue?

-¡Pero, señorita! Un balcón que se cae...

-Él no se cayó. Él se tiró.

-Bueno, pero...

-No sólo yo lo quería a él; yo estoy segura de que él también me quería a mí; él me lo había demostrado.

Yo bajé la cabeza. Me sentía complicado en un acto de responsabilidad para el cual no estaba preparado. Ella había empezado a volcarme su alma y yo no sabía cómo recibirla ni qué hacer con ella.

Ahora la pobre muchacha estaba diciendo:

-Yo tuve la culpa de todo. Él se puso celoso la noche que yo fui a su habitación.

-¿Quién?

-¿Y quién va a ser? El balcón, mi balcón.

-Pero, señorita, usted piensa demasiado en eso. Él ya estaba viejo. Hay cosas que caen por su propio peso.

Ella no me escuchaba, y seguía diciendo:

-Esa misma noche comprendí el aviso y la amenaza.

-Pero escuche, ¿cómo es posible que?...

-¿No se acuerda quién me amenazó?... ¿Quién me miraba fijo tanto rato y levantando aquellas tres patas peludas?

-¡Oh!, tiene razón. ¡La araña!

-Todo eso es muy suyo.

Ella levantó los párpados. Después echó a un lado las cobijas y se bajó de la cama en camisón. Iba hacia la puerta que daba al balcón, y yo pensé que se tiraría al vacío. Hice un ademán para agarrarla; pero ella estaba en camisón. Mientras yo quedé indeciso, ella había definido su ruta. Se dirigía a una mesita que estaba al lado de la puerta que daba hacia al vacío. Antes que llegara a la mesita, vi el cuaderno de hule negro de los versos.

Entonces ella se sentó en una silla, abrió el cuaderno y empezó a recitar:

-La viuda del balcón...

Felisberto Hernández

https://es.wikipedia.org/wiki/Felisberto_Hern%C3%A1ndez



MABEL GONDÍN – BIENAL “POESÍA DE LA MUJER” 2018

Pluma y Tintero n.º 47 – Especial “Foro Femenino Latinoamericano”

https://lafaja7.files.wordpress.com/2018/04/nc2ba-47_marzo-abril-2018_nc3bamero-especial foro-femenino protegido.pdf

Fue escritor, compositor y pianista, Feliciano Felisberto Hernández nacido en Montevideo en 1902 y dijo adiós a la vida en la misma ciudad en 1964, Feliciano Felisberto fue uno de los narradores de cuentos más originales de Latinoamérica. Sus relatos son extraños caracterizados por una ficción de universos tan personales que no pueden ser comparados con los de ningún otro autor de las mismas o parecidas cualidades. Uno de los personajes que con más frecuencia atraen a Feliciano Felisberto, quizá por deformación vocacional es el de un pianista tímido que encuentra frecuentemente trabajo en casas de “raro ambiente”. No es extraño que por alguna decepción o por celos alguno de sus personajes termine optando por el suicidio para solucionar sus problemas.

No es fácil entender este relato, en él se mezclan fantasía, sueños, decepciones, fracasos, riqueza, pobreza y todo aquello bueno y malo que podemos imaginar que tiene el ser humano, pero sobre todo hay un movimiento extraño entre el narrador, sus personajes y los objetos que los rodean y pueden contemplar, no siempre tocar, porque son objetos tan sensibles que una nimiedad puede comprometer gravemente su existencia, que desde luego terminaría en suicidio.

Todo esto no es más que una elucubración que me permito hacer mientras decido entrar plenamente en el relato y llevarme de bofetadas con él por ese temor, injustificado, a no saber interpretar lo que el autor quiere decir.

Ya dije en el primero de estos relatos que estas páginas no son más que reflexiones sobre los relatos que leo, y son reflexiones en ocasiones atolondradas por llegar presurosamente al final del párrafo para comenzar con otra página de la historia que encontramos en el relato que leemos.

El narrador, quien nos relata las incidencias de esta historia, que es pianista, uno de los oficios de quien escribió este relato, visita por motivos de trabajo una ciudad, y le gusta por una circunstancia muy concreta “En esa época (el verano) casi todo un barrio se iba a un balneario cercano”.

Uno de los encantos que encuentra es una “de las casas abandonadas era muy antigua; en ella habían instalado un hotel y apenas empezaba el verano la casa se ponía triste”.

Al narrador la ciudad le gusta por algo especial, un carácter particular que será fundamental en todo el relato: “La ciudad gusta al narrador por lo silenciosa y disparejada que es, tiene aspecto de ciudad abandonado, algo que al narrador le encanta por cuanto la tranquilidad que transmite está motivada por el silencio y sus sonidos, porque la desolación que transmite hace sentir que “todas las cosas eran lentas, sin ruido”.

Terminado el concierto al narrador se le aparece, o se le une uno de los personajes del relato “El padre de la hija”. Un personaje que mediante halagos convence al pianista, al narrador de que le acompañe a su casa a tocar el piano porque la hija no sale de casa, no puede salir, hay algo que le impide abandonar la casa; y comienza la historia un tanto descabellada que se desparrama por este relato.

La casa en la que viven padre e hija es una gran mansión, algo destaralada, pero con una parte crucial en su arquitectura que es el fundamento de este relato un balcón que se encuentra en el primer piso y que forma parte de la habitación de la muchacha,

A la casa se accedía por una escalinata, que terminaba en una galería que daba al jardín, pero lo que llamaba la atención de la galería era el número de sombrillas abiertas que en ella había, todas de distintos colores y regalos del padre a la hija para que, abiertas como las tenía, pudiese disfrutar de los colores.

El balcón hermoso, con ventanales de vidrios de distintos colores, en él se mezclan texturas, sensaciones, concluyendo en la relación que se teje entre el pianista y la joven soñadora, de una imaginación prodigiosamente creativa, donde la fantasía sustituye en una realidad caótica a la realidad y donde los objetos toman valor y virtudes de manera arbitraria, dependiendo del juicio de la joven.

El balcón es una de las mayores aportaciones de la vida a la joven, no es un espacio arquitectónico, es su amigo su confidente, de tal manera que los personajes que se acercan a la casa son juzgados según el color del cristal por el que se les vea. Así que, si a una persona la ve por el vidrio rojo, esa persona tiene mal carácter y

es violento, si el cristal por el que lo ve es el verde esa persona vive sola y en el campo. Pero no dice nada de los demás colores que se supone tienen los cristales de las ventanas del balcón.

El pianista es invitado por el padre de la joven a ir a tocar el pino para animar a la joven, accede y no pasaran muchas veladas sin que el pianista se dé cuenta de las extrañas peculiaridades de aquella casa, una de esas curiosas cuestiones es el protagonismo que para la joven tienen los objetos, ¿y por qué? Se pregunto el pianista: “Entonces ella dijo que los objetos adquirirían alma a medida que entraban en relación con las personas. Algunos de ellos antes habían sido otros y habían tenido otra alma (algunos que ahora tenían patas, antes habían tenido ramas, las teclas habían sido colmillos), pero su balcón había tenido alma por primera vez cuando ella empezó a vivir en él.”

Me atrevería a decir que casi sin darse cuenta, un día por acompañar al padre, otro por no desairarlos después de una cena, el pianista fue tomando la costumbre-obligación de pasar por la casa para tocar el piano, contar cuentos y oír a la joven recitar sus poemas.

Si la joven escribía poemas y lo hacía según ella cuenta: “-Yo compongo mis poesías después de estar acostada -ya, en la tarde, había hecho alusión a esas poesías- y tengo un camisón blanco que me acompaña desde mis primeros poemas. Algunas noches de verano voy con él al balcón”.

Nuevamente el balcón toma protagonismo, está en medio de la vida de la joven, incluso le compuso un poema, esta parte de la arquitectura de la casa es crucial en la vida de la joven y en torno al transcurre su existencia, aunque en momentos concretos tenga relación con otras partes de la casa.

La joven tomo afición a leer sus poemas, una poesía que a juicio del pianista era curso pero que le hacía preocuparse por aparentar interés por ella e incluso hacer algún comentario halagador como “decirle que el poema era fresco, lo que animo a la joven a recitar otro poema, largo poema que termino por agotar de cansancio auditivo al pianista, porque aquel poema no tenía fin.

El primer contacto con el piano lo tuvo el pianista después de un día cumplir con la tradición de cenar en familia, donde conoció a una sirvienta “Tamarinda” una mujer de pequeña estatura, que con dificultad llegaba a la mesa. En realidad, el pianista pensó que el personaje era adecuado para el lugar y los habitantes de la casa. Ese día, cuando por primera vez toco el piano en la casa le dijo la joven: “El piano era un gran amigo de mi madre.”. El piano es el nuevo objeto que se adquiere personalidad humana, “amigo de su madre” y seguidamente vino el relato de como aquella señora tocaba el piano, o como la hija interpretaba que la madre tocaba el piano:

Yo hice un movimiento como para ir a mirarlo; pero ella, levantando una mano y abriendo los ojos, me detuvo: “-. Ella encendía las cuatro velas de los candelabros y tocaba notas tan lentas y tan separadas en el silencio como si también fuera encendiendo, uno por uno, los sonidos”.

Camino de la habitación donde tocaría el piano, pasamos por delante del balcón, y allí casualmente me entere de la existencia de otro personaje, una tal Úrsula, mujer imaginaria, pero con una historia truculenta, Según pude escuchar Úrsula estaba casada pero no enamorada de su marido sino de un “viejo negro y rengó” que usaba un sombrero mejicano enorme y verde.

Parece ser que aquella Úrsula con problemas de conciencia para abandonar a su marido, estaba enamorada de aquel curioso personaje que el día antes había encontrado en la calle, y con el que no tenía perjuicio de ser infiel a su marido. Este personaje de Úrsula era fruto de un cuento que el padre conto en la infancia a su hija y esta le dio vida y le busco un problema... no podía ser de otra manera, debía de ser infiel a su marido para que el relato tuviese, además de imaginación, dramatismo.

No sé si decir que la hija de aquel señor era una demente o vivía en un mundo de fantasía que las circunstancias de la vida le habían ido creando a su alrededor y ella en su comodidad fue ampliándolo hasta, diría ser tan enorme, que se le escapó de las manos como se suele decir, y el padre trataba de controlarlo, construyendo muros o personajes que arreglasen el mundo de fantasía de la hija dándole algún todo de realidad.

Un buen día, y afortunado creía el pianista, tuvo que abandonar la ciudad para acudir a dar un concierto en otra población vecina. Feliz debía de sentirse el pianista lejos de aquella casa “tormentosa” cuando un buen día nada más de termina su actuación el pianista recibe una llamada del padre:

“Es necesaria su presencia aquí.”

Dijo el anciano

“¿Ha ocurrido algo grave?”

Pregunta el pianista,

“Puede decirse que una verdadera desgracia”

Ambos hombres quedan citados en la ciudad, el buen padre estaba deprimido, cuando encontraron un lugar tranquilo, el anciano se explayó todo lo que pudo hasta enternecer el corazón del pianista. Que se veía como un consuelo al desolado padre que parecía encontrarse en el fin del mundo.

“¡Hemos perdido el balcón! ¡El balcón se cayó! ¡Aquella no era la luz del balcón!”

Parece ser según el relato que una tormenta puso de relieve las deficiencias estructurales del elemento arquitectónico Balcón y lo derribo,

Las cosas materiales tienen su valor limitado y aunque estén envueltas en sentimientos no son más que cosas que prácticamente en todos los casos se pueden sustituir, pero el pianista se dio cuenta de que ese razonamiento no servía en aquella ocasión, ni con aquellas personas.

Así que con resignación acudió a la casa y en el momento que se encontró con la hija solas esta le dijo:

“¿Vio cómo se nos fue?”

¡Pero, señorita! Un balcón que se cae...

Él no se cayó. Él se tiró.”

La joven cogió la libreta de sus poesías, se sentó en una silla y comenzó recitar un poema, sin duda al oír el primer verso el pianista se sobrecogería, decía:

“La viuda del balcón...”

No siempre tenemos las cualidades apropiadas para enfrentarnos a las circunstancias de la vida, a la realidad de los sueños que tienen las personas que viven a nuestro alrededor, las fantasías que las circunstancias emocionales pueden crear en la mente y en el corazón de las personas, la mayoría de las veces son incomprensibles para los demás, de modo que acudir a prestarles consuelo es una tarea difícil y las reacciones pueden producir en el socorrista mayores shop que en la víctima.

Todos somos un poco pianistas, damos conciertos con nuestros instrumentos tratando de animar a las personas, sin percatarnos que nuestra manera de entender nuestro entorno no tiene nada que ver como los demás ven los astros del cielo.



Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Balbona del Tejo, Héctor

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2019/02/hector-balbona-del-tejo-grandiella.html>



“Pluma y Tintero”, nuestra revista, enlace Blog:

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com.es>

WASHINGTON DANIEL GOROSITO PÉREZ - (México) - Documento Word y vídeo

Descripciones iniciales de ubicación, estación: verano, casa antigua, balneario. Ya empieza el autor a manejar parte de un retrato autobiográfico, ya que Felisberto fue pianista y compositor, inició sus estudios de piano a los 9 años y viajó dando conciertos en pequeños pueblos del Uruguay, Argentina y Brasil. Cambiará el piano por la literatura en los años 40 del siglo pasado.

Acá nos señala, un teatro de conciertos con poca gente, al final del mismo viene a saludarlo un anciano algo tímido y le dijo: “Yo lamento que mi hija no pueda escuchar su música”. El pianista le pregunta el motivo de la ausencia y el anciano le hace saber que ella vive en un balcón de una casa vieja que él compró y que algunas noches, su hija, toca el piano.

Invitación a cenar y lo pasa a buscar, al conocerla ella se refiere al balcón como su “único amigo”, y le cuestiona el invitado si el piano no lo era. Una descripción sencilla de la damisela, cabello rubio y desteñido, cuerpo delgado, los cuales parecían abandonados desde hace mucho tiempo.

La damisela continúa el diálogo y afirma: “el piano era un gran amigo de mi Madre”. Le solicita probarlo en horas de la noche que era cuando su Madre lo tocaba. Siguen las descripciones, luz, pantalla verde, mantel blanco; hasta que aparece en escena una enana. Hablaron sobre ropas viejas, posteriormente se retiraron.

Ella le comentó que componía poesía en la tarde, leyó el primer poema y “era cursi”, luego el segundo. Esa noche el pianista no ejecutó obra ninguna, se le rogó no se fuera. En la habitación recibe la explicación sobre un reloj extraño, reloj, cordón, la hora, primero da la hora y después los minutos.

Inicia una conversación padre hija, el tema es Úrsula, la otra hija; ésta le dice ¡Cuándo comprenderás a Úrsula! Su marido, varias amantes, en fin, divorcio. En la noche durante la cena le dijo; quiero oír música. El invitado da los primeros acordes y se rompe una cuerda.

La hija del anciano inventaba personajes, más tarde se metió a la habitación del pianista, abrió la capa azul que la abrigaba y sacó un cuaderno de versos. Leía y él hacía un esfuerzo para no dormirse, hasta que ella externó un grito, la causante: una araña grandísima. Posteriormente se retira, antes le solicita que no le diga nada a su padre ya que no quería que ella trabajara o leyera hasta tan tarde.



Pasaron los días, no hubo contacto, el anciano una vez más le solicita su presencia en la vieja casa, debido a que sucedió una desgracia. Al llegar ella le comunica: “El balcón, mi balcón, cayó por viejo, por su propio peso. El pianista antes que llegara a la mesita ve el cuaderno de hule negro de los versos.

La damisela- poetisa se sentó, abrió el cuaderno y empezó a recitar: La viuda del balcón.

Indudablemente el autor personifica al balcón y el piano; es más hay un efecto figurativo que Felisberto manifiesta por tan enigmático balcón. Constatamos una muy extraña relación entre la damisela- poetisa y su balcón, lugar donde recibía la inspiración para sus escritos. Podríamos incluso llegar a pensar muy al estilo de Felisberto, que ese protagonista, me refiero al balcón, optara por el “suicidio”, ante los celos que le produzco la presencia del intruso, no me refiero al pianista, sino al piano y las melodías que de él emanaban.

En algunas partes el texto apunta hacia la narrativa fantástica como es el caso de la intervención de diferentes objetos y la personificación de seres o cosas como el propio “silencio”. Sin lugar a dudas una muestra más de ese narrador original que fue este escritor uruguayo, el escritor que no se parece a ninguno, merece ser calificado como el fantástico Felisberto.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

https://youtu.be/i_pieyIVHSQ

Enlace del evento en Facebook:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D\]%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D]%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:
https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Gorosito Pérez, Washington Daniel
<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2011/04/washington-daniel-gorosito-perez.html>



ESTHER DOMÍNGUEZ SOTO - (España) - Documento Word

El balcón de Felisberto Hernández... Un viaje al País de las Maravillas.

Explicación falsa de mis cuentos, de Felisberto Hernández no es la clásica conferencia plagada de términos técnicos que él utilizaba con profusión como cosificar, humanizar, paradoja o ambigüedad. La conferencia que la mayoría de los escritores redactarían si alguien les pidiera que dieran detalles sobre cómo y por qué escriben. Hernández era menos convencional. En realidad, nada convencional. En palabras de Ítalo Calvino era “un francotirador” Según sus propias palabras, sus historias tienen una génesis inclasificable y chocante a más no poder. “En un momento dado pienso que en un rincón de mi nacerá una planta” (pero) no sé cómo hacer(la) germinar” Entre sus obligaciones está la de “cuidar que sea la planta que ella misma esté destinada a ser, y ayudarla a que lo sea” No nos dice cuál es su planta favorita, aunque, si se lo preguntásemos, seguramente nos daría un nombre estrafalario de una planta imposible con un perfume que nos recordaría a los de Arabia. Pero, tras leer *El balcón* – una historia totalmente surrealista que me ha divertido mucho – estoy segura de que Felisberto Hernández y Lewis Carroll hubieran inventado la misma flor.

No sabemos dónde se desarrolla la acción, aunque sí la estación del año: el verano. El narrador –una especie de Alicia que llega a un lugar raro, poblado por seres bastante estrafalarios–, es un extraño que, de entrada, desconoce la vida y milagros de la casa y la familia que protagonizan el cuento. Se supone que dicho narrador es una persona normal, razonable y creíble, que nos contará lo que vio y oyó sin sentirse mediatizado por simpatías o antipatías previas. Algo que parezca lo que todos los escritores deseamos, real como la vida misma, vamos. Pues va a ser que no.

Empieza hablándonos de la casa. Muy antigua y abandonada. Hasta aquí nada que objetar. Pero, no nos confiemos. A continuación, habla de la tristeza que siente la casa. ¡Adiós a la normalidad y al reinado de la Razón! Mal empezamos, piensas. Y te preguntas ¿qué vendrá de aquí en adelante? Una historia que nos lleva de un sobresalto a otro hasta que llegamos al estupor final. A partir de aquí, nada nos cogerá ya por sorpresa. En esta ciudad, el silencio no es únicamente la ausencia de sonidos. Tiene vida propia. Es ¿algo?, ¿alguien? a quien “le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el silencio era de confianza, intervenía en la música”

Pero mientras se le da corporeidad a lo incorpóreo: “parecían formas preciosas de silencio”, y se afirma que “los sonidos se encienden cuando se pulsan las teclas del piano”, la cosificación anda a la orden del día. Así, nos enteramos de que el labio inferior del anciano padre de la joven “es muy grande y parecido a la baranda de un palco, daba vuelta alrededor de su boca entreabierta” y a la hija se la compara con la casa cuando nos dice que su “cabello rubio y desteñido y su cuerpo delgado también parecían haber sido abandonados desde mucho tiempo”

Los protagonistas humanos son presentados en términos muy poco favorables. Tamarinda es enana, tiene el rostro rojo y degrada lo que toca con sus manecitas, (cubiertos, fuentes, etcétera); el negro que pasa por la calle es viejo y renco; el anciano tenía unos ojos azules bajo los cuales “se veía la carne viva y enrojecida de sus párpados caídos”, por no hablar de cuando “le había quedado un poco de acelga en el borde del labio inferior y muy cerca de la comisura” Cuando pasan un buen rato, riendo los chistes del narrador, la cosa no mejora nada. Más bien lo contrario. Juzguen ustedes mismos. “La risa de ella era dolorosa; (...) La boca se le había estirado para los lados como un tajo impresionante; las “patas de gallo” se le habían quedado prendidas en los ojos llenos de lágrimas y se apretaba las manos juntas entre las rodillas. El anciano tosía y había tenido que dejar el botellón antes de llenar la copa. La enana se reía haciendo como un saludo de medio cuerpo”

Y cuando hablan tenemos la sensación de estar inmersos en “Alguien voló sobre el nido del cuco” Por eso, cuando el narrador es invitado a cenar a casa del anciano y este le presenta a su hija, nadie se extraña de que ella afirme sin despeinarse dos cosas bastante chocantes. Primera. “El piano era un gran amigo de mi madre” Antes de que se me olvide, el piano estaba recostado contra una pared luciendo “su gran sonrisa amarillenta”. Siguiendo el ejemplo materno, para ella, “el balcón es su único amigo” Un amigo desde donde ella ve pasar la vida, agrupando a las personas que caminan por la calle de acuerdo con el color de los cristales que se refleja en los rostros. Y, ya de paso, distorsionan la realidad. Como si no estuviera ya bastante distorsionada en una casa donde la joven le dedica un verso a su camión. Lo que nos inquieta bastante es que no le haya dado tiempo a explicar “por qué el piano no era tan amigo suyo como el balcón” Hubiéramos quedado más tranquilos, la verdad.

La cena nos recuerda el té que Alicia toma mientras está en el País de las Maravillas, rodeada de objetos que hablan, gesticulan, discuten y se comportan como seres humanos un poco histéricos. En El balcón, la vajilla, las jarras y los cubiertos de esta casa se nos presentan como esclavos – “el anciano tenía una manera apresurada y humillante de agarrar el botellón por el pescuezo y doblegarlo hasta que le salía vino”, que cumplen con su trabajo para después ser lavados y guardados, no en un aparador, sino “conducidos a sus pequeñas habitaciones” ¿La actitud brutal del anciano con la pobre botella no les recuerda el partido de croquet entre la Condesa y la Reina de Corazones, donde flamencos vivos hacen las veces de mazos y un grupo de erizos enrollados son las pelotas? Maltrato animal, para entendernos.

El narrador y la joven hablan en la habitación de ella, mientras los objetos “se acurrucaban en la sombra como si tuvieran plumas y se prepararan para dormir” Frente a esta constante humanización de los objetos cotidianos, el narrador admite que, contagiado, sin duda por el ambiente, cuando un reloj de péndulo “hace su entrada en el comedor” ¡¡!, él hace coincidir los movimientos afirmativos de su cabeza con los del péndulo. ¿Se imaginan la escena? La Reina de Corazones de Alicia lo hubiera mandado decapitar sin falta. Pero, ¡ya!

Y en medio de una oscuridad cada vez mayor – no encienden la luz para aprovechar “el resplandor que venía de su balcón”–, la joven asegura sin pestañear “que los objetos adquirirían alma a medida que entraban en relación con las personas” y “que su balcón había tenido alma por primera vez cuando ella empezó a vivir en él” El narrador acepta semejantes afirmaciones con toda naturalidad. La misma con la que nos cuenta una especie de experiencia extracorporal cuando, tras la cena y ya en el dormitorio: “Lo desnudé completamente (a su cuerpo) y lo hice pasear descalzo por la habitación”

Y así, de la extrañeza al sofocón, pasando por el estupor, llegamos al último acontecimiento, el más triste, trágico y sorprendente. El balcón, el mejor amigo de la joven, se cae. Como lo oyen. Se viene al suelo con armas y bagajes. Y no achachen esta desgracia al estado de abandono en el que está sumido el edificio. No, para nada.

El balcón “se suicidó por amor” Supongo que, después de lo que llevamos leído, no les sorprenderá que los celos hayan conducido al balcón a tomar una decisión tan tajante a la par que irrevocable. ¿Y de quién se celaba el balcón vamos a ver? se preguntarán. ¡Por favor!, del narrador a quien ella visitó por la noche para leerle sus poemas además de soltarle con desparpajo: “Es inútil que tenga la puerta entornada; yo veo por la rendija del espejo, y el espejo lo refleja a usted desnudito detrás de la puerta” ¿Y cómo pudo enterarse el balcón de esa velada literaria con la poetisa cubierta por una capa azul y el narrador en traje de Adán? No piensen en micrófonos ocultos o un espía venido de no se sabe dónde. Como todo en este cuento la respuesta es mucho más enrevesada. La espía era “una araña grandísima”, una infiltrada que, una vez comprobada la



infidelidad de la joven, informa al balcón que, incapaz de resistir tamaña traición, opta por la única salida para un balcón como debe ser. Caerse. Y aquí me permito discrepar del autor. Si uno necesita una espía como Dios manda, que fue capaz de dejar el Jardín del Edén como unos zorros, la serpiente, sibilina donde las haya, hubiera sido la mejor opción. ¡Hay que leer el Génesis!

Claro que la muerte del balcón no fue en vano. Desde ese momento, la joven pasó de inventarse historias enrevesadas sobre gente inexistente –eso lo hacemos los novelistas, tampoco es tan raro– y escribir en la cama, en plan Marcel Proust, poemas alambicados como el dedicado al camisón blanco, a entrar de lleno en la tragedia al convertirse en “la viuda del balcón”

Enlace del evento en Facebook:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D\]%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D]%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Domínguez Soto, Esther

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com.es/2017/10/esther-dominguez-soto-santiago-de.html>



SUSANA ARROYO FURPHY – (Brisbane – Australia) - Documento Word y vídeo

Felisberto Hernández siempre me ha causado una gran impresión como escritor. Al empezar a leer este cuento “El balcón”, se encuentra uno al inicio con una idea asombrosa:

“Una de las casas abandonadas era muy antigua; en ella habían instalado un hotel y apenas empezaba el verano la casa se ponía triste, iba perdiendo sus mejores familias y quedaba habitada nada más que por los sirvientes. Si yo me hubiera escondido detrás de ella y soltado un grito, éste enseguida se hubiese apagado en el musgo.”

Así es como Felisberto nos introduce a su mundo mágico y lleno de enigmas y misterios. A lo largo del cuento y en casi todo momento encontramos la sinestesia, ese fenómeno perceptivo que en retórica es la unión de dos imágenes o sensaciones diferentes procedentes de dos dominios sensoriales. Otro elemento retórico en esa breve cita es la prosopopeya que es la atribución a las cosas inanimadas o abstractas de acciones y cualidades propias de los seres animados, o a los seres irracionales las del ser humano.

“Contra la pared que recibía menos luz había recostado un pequeño piano abierto, su gran sonrisa amarillenta parecía ingenua.”

El darle vida a las cosas, forma y color a la sustancia es un recurso maravilloso de Felisberto Hernández a lo largo de su obra.

Algunas veces es grandioso, como en:

Al silencio le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado.

El cocodrilo

Yo sabía aislar las horas de felicidad y encerrarme en ellas; primero robaba con los ojos cualquier cosa descuidada de la calle o del interior de las casas y después la llevaba a mi soledad.

Pertenciente al simbolismo, ya decía Maurice Maeterlinck que El silencio es más significativo que el diálogo vano de la vida cotidiana. WHEN WE REALLY HAVE SOMETHING TO SAY TO EACH OTHER, WE ARE OBLIGED TO BE SILENT. Maeterlinck escribía sobre la Muerte y el significado de la vida, temas recurrentes en la obra de Felisberto Hernández.

La vida de Felisberto Hernández estuvo llena de vicisitudes, pasiones y contradicciones, y del mismo modo su escritura fundó una nueva forma reconocida por escritores de la talla de Julio Cortázar, o Ítalo Calvino, quien escribió sobre Felisberto: "es un escritor que no se parece a nadie: a ninguno de los europeos y a ninguno de los latinoamericanos, es un "francotirador" que desafía toda clasificación y todo marco, pero se presenta como inconfundible al abrir sus páginas."

El balcón me recuerda a Aura, la novela de Carlos Fuentes en la que el personaje, Aura, está atrapado. De esa misma forma, "ella", la hija del anciano hombre que se hace amigo del protagonista, así sin nombre, simplemente "ella" o "la hija", nunca sale. Es como si no existiera. Es tal vez un ser creado por la mente del anciano y que quizá haría que el protagonista crea que existe debido a algún menjurje que Tamarinda, la única persona que tiene nombre en el cuento y que por cierto es casi una enana o una enana, según la describe el narrador/protagonista, tal vez le hay dado algo de comer o beber al pianista para que la imagine junto con su amigo, el anciano. De la misma suerte, Aura joven se convierte en Aura anciana debido a los riñones que le dan de comer a Felipe Montero, el joven que cae seducido por Aura y la vieja casona. Encuentro grandes similitudes en estas dos obras y se



percibe la influencia de Felisberto Hernández en Carlos Fuentes, así como en Julio Cortázar, me refiero concretamente a "Casa tomada". Aun cuando algunos críticos han comparado "Casa tomada" a "La casa de Irene" de Cortázar. Sin embargo, yo me atrevo a sugerir que hay ciertos elementos de comparación con "El balcón".

El silencio es un elemento recurrente en la obra de Felisberto. Cito: Ella encendía las cuatro velas de los candelabros y tocaba notas lentas y tan separadas en el silencio como si también fuera encendiendo, uno por uno, los sonidos.

Una gran preocupación, la del escritor, es la de buscar un lugar a las cosas.

Dice: "Haría muchos años, unas manos habían obligado a estos objetos de la mesa a tener una forma". Y no puedo evitar en estos momentos el recuerdo de aquellos hermosos versos de "Muerte sin fin" de José Gorostiza: No obstante -oh paradoja- constreñida / por el rigor del vaso que la aclara, / el agua toma forma. / En él se asienta, ahonda y edifica, / cumple una edad amarga de silencios / y un reposo gentil de muerte niña. Cada imagen, cada idea de El balcón permite ser desprendida para citarse y analizarse o al menos, comentarse.

Vídeo en YouTube:

<https://youtu.be/1lJgIkdiyK0>

Enlace del evento en Facebook:

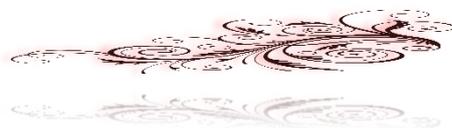
https://www.facebook.com/events/1469689776842625?context=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Arroyo Furphy, Susana

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com.es/2010/11/susana-arroyo-furphy-mexico-australia.html>



Una literatura dicha por la crítica como inasible. “Fantástica”, “bizarra”, “extraña”, “misteriosa”, “filosófica” algunos de los adjetivos con los que, usualmente, nos aproximamos a las obras de Felisberto Hernández.

Autor uruguayo, a partir de una serie de recursos cuestiona el supuesto del lenguaje "como tabla espontánea y cuadrícula primera de las cosas, como enlace indispensable entre la representación y los seres" a decir de Foucault, va generando zonas de imprecisión y opacidad. De esta forma, se cuestionan las fronteras de lo real, postulando un orden, empleando un orden "más secreto y menos comunicable" como expresa Julio Cortázar. “El balcón” cuento de Felisberto Hernández, que forma parte del libro de cuentos Nadie encendía las lámparas (1947), está a cargo de una primera persona y en la frase inicial comienza a recordar, evocación que se irá desarrollando en una suerte de encadenamiento no racional, de recuerdos simbolizados por la escritura. Desde ese momento inicial de evocación fijada en un tramo determinado de la existencia, en una atmósfera intemporal, se va generando una cadena de recuerdos, una trama de situaciones y experiencias casi anecdóticas, dando lugar a una original tensión narrativa.

El texto, atravesado por el recuerdo, anticipa que la historia estará repleta de zonas inexactas e imprecisas, rasgos propios del recordar, ya que, si toda autobiografía expone la vida propia, la memoria nunca aspira a la totalidad.

Esta imprecisión puede verse también en el tiempo cronológico y espacio del cuento, presenta sólo datos vagos, borrosos. El tiempo sólo es referido como "esa época" y como "una tarde en que el sol todavía estaba alto", mientras que el espacio sólo es caracterizado como "una ciudad". Así, lejos de presentar referencias exactas, se presentan referencias amplias y difusas.

Junto a esto, uno de los recursos que aparece con más insistencia a lo largo de la narración es la comparación, "...ella no me oía y había procurado interrumpirme como alguien que intenta entrar a saltar cuando están torneando la cuerda" El encabezamiento “como si” refuerza la comparación con una hipótesis y se resuelven los paralelismos difíciles de explicar. Permite caracterizar a los objetos: "...ellos se acurrucaban en la sombra como si tuviera plumas y se prepararan para dormir" como "microhistorias" que se forman dentro de la comparación. La estructura comparativa, hace continuar al texto en un mundo movedizo donde nada ni nadie puede ser aprehendido.

Otro procedimiento que también se reitera en la obra de Hernández, es el de cosificar seres animados y humanizar seres inanimados. Aparece la cosificación, al hablarse de vientres, parte del cuerpo humano, en muebles y, la humanización: el balcón presenta los mismos sentimientos de los humanos, tales como los celos y también se le atribuyen características humanas al silencio, como la capacidad de sentir gusto por algo o hasta de generar opiniones. De esta manera, lo animado e inanimado se coloca en un mismo plano, haciendo tambalear las categorías racionales y proponiendo un orden otro.

El cuerpo aparece de forma autónoma, ajeno a los deseos del protagonista, lo que puede verse en los verbos conjugados en tercera persona singular, reforzando así el distanciamiento.

De la misma forma, algunas partes del cuerpo cobran independencia con respecto al resto: "Empezaron a entrar en el mantel nuestros pares de manos... Yo no podía dejar de pensar en la vida de las manos" lo que se refuerza, en el uso del verbo en tercera persona plural, refiriéndose a las manos.

Espacio distinto, de probabilidades, deseos, sueños, en donde el lenguaje deja de entenderse como vehículo de la realidad, permitiendo la exploración de otros mundos posibles.

Entonces vuelvo al cuento: evoca la historia de un anciano y su hija, quien no desea tener contacto con el exterior, cuyo único espacio de relación con el mundo se da a través de la observación, desde el viejo balcón de su cuarto.

Hasta aquí la anécdota del relato podría sonar habitual, frecuente, pero enrarece enigmáticamente, la muchacha mantiene una extraña relación, casi amorosa, con el balcón de su cuarto. La joven, con afanes frustrados de poeta y una particular tendencia al melodrama, pasa sus días en este espacio íntimo de la casa en el que inventa

posibles situaciones cotidianas atribuyendo nombres y acciones a los transeúntes que pasan por la calle de enfrente, a quienes no conoce. Su imaginación desbordada compromete también la situación de su anciano padre quien, en vista del carácter singular de la hija, se solidariza y le sigue la corriente escuchando cada episodio de sus historias. El anciano debe fingir interés y preguntar detalles acerca de la vida imaginaria de los seres que desfilan por esta calle que da al balcón de la habitación “había tenido alma por primera vez cuando ella empezó a vivir en él”

Aquí me tomo el atrevimiento de recordar a Carlos Ruiz Zafón en *El cementerio de los libros olvidados*, para recitar casi de memoria a su personaje Sempere quien decía: “cada libro, cada tomo que ves, tiene alma. El alma de quien lo escribió, y el alma de quienes lo leyeron y vivieron y soñaron con él”

Toda la anécdota presentada por un narrador en primera persona que, como suele suceder en la mayoría de los relatos felisbertianos, evoca de manera implícita y auto ficcional al alter ego del escritor: un pianista de clase media que deambula por los pueblos de un pequeño país, ofreciendo conciertos y experimentando situaciones de lo más insólitas. Luego de una presentación musical en el teatro del pueblo, el narrador es invitado por el padre de la joven para que ella pueda conocerlo, ya que es sabida su constante negativa a abandonar la casa, principalmente su habitación.

Desde ahí se desatan una serie de reflexiones que exponen el carácter extraño de la historia y que, más allá de lo insólito, los personajes irán naturalizando. La particularidad más notoria que insinúa el cuento, y en la que radica su primordial singularidad, es la posibilidad manifiesta de que a raíz de una especie de coqueteo entre la joven y el pianista, el balcón se haya puesto celoso y escoja el digno y romántico camino del suicidio mediante su premeditado derrumbe: “¿Vio cómo se nos fue?... No sólo yo lo quería a él; yo estoy segura de que él también me quería a mí. Él me lo había demostrado.” ¿Quién? — ¿Y quién va a ser? El balcón, mi balcón”

Sin duda lo que más llama la atención del pasaje es la absoluta certeza de la joven parada en un terrible remordimiento por las acciones intimidatorias del balcón y sobre su responsabilidad directa en el “suicidio”. El proceso de convencimiento que protagoniza la mujer y su angustiada reflexión arrastra al narrador a esta suerte de humanización del espacio e ingresará en el ámbito de lo extraño y se mimetizará con el mismo código que ha hecho del balcón un ente vivo, capaz de sentir emociones y “dejar viuda a la joven”. Sin embargo, el cuento de Hernández se sitúa en las peripecias de lo extraño, dando tintes casi humorísticos a la desazón humana.

En el aspecto transgresor del humor de Felisberto hay un aire de ternura soterrada, de burla de la marginalidad consagrada que exhiben los otros y que por momentos es la que él sufre. La literatura de Felisberto Hernández se instala, sin lugar a dudas, en un hecho: su adelantada y precursora visión de entender tanto al relato extraño como al fantástico, como la manifestación central de lo literario

estrechamente cercana a las más complejas emociones humanas. También es atravesado por indicios de estados alterados, como la probable esquizofrenia de la joven y su posible reclusión a causa de ésta.

Entonces reflexiono: la atmósfera del cuento, las situaciones y las particularidades de los estados que se crean, casi siempre dejan una cierta confusión, algo difuso, lento como los modos de pensar y de recordar, a la manera de una bruma. Al decir de Alessandro Barico “cuando esperas o recuerdas, me dijo, no estás triste ni feliz. Pareces triste, pero se trata únicamente de que estás esperando o recordando. No está triste la gente que espera, ni tampoco la que recuerda. Simplemente está lejos.”

En El balcón el personaje, vive historias a la propia medida. Uno de los méritos de este cuento es que nos lanza hacia un encuentro amoroso y solidario con este tipo de mujer. Nos regala aquello que sólo la literatura hace posible: traspasar los límites de la propia vida para penetrar en la ajena, perdiendo por instantes la rigidez a la que reduce la cotidianeidad irremediablemente pequeña y limitada. Toda mujer recluida en el encierro de su casa se reconoce “en otro”, vive de reconocerse en ese “otro” que su mente construye, una posibilidad en sí misma.

Quizá sea es una de las grandes funciones de la literatura, la de decir, la de denunciar aquellas miserias del sentir que, a pesar de los años, no logramos extirpar, Los dolores del alma ponen al lector frente al espejo de sus ruindades, arañan la conciencia de una manera sutil, nada evidente. Denunciar las costuras frágiles de la memoria sólo puede invitar a la reflexión. Las cargas de profundidad están celosa y sabiamente escritas en este texto. Sólo hay que atreverse a mirar.

REVECO, GRACIELA - Documento Word -(Mar del Plata - Argentina)

Felisberto Hernández, [escritor](#), [compositor](#) y [pianista uruguayo](#), se ha destacado dentro de la literatura latinoamericana por sus relatos originales e insólitos, cuyos personajes complejos transcurren tranquilamente entre sucesos de la vida cotidiana con una buena dosis de obsesiones desquiciadas.



El balcón, además de preservar un realismo descriptivo que vincula la perturbación de la protagonista con el entorno, incorpora elementos extraños, personifica esos objetos que forman parte de las posesiones familiares (en mayor medida el balcón) donde confluye inmutable el imaginario. Esta circunstancia lo introduce dentro de lo fantástico, y por consiguiente enfrenta las dos explicaciones posibles del absurdo: la racional y la sobrenatural. El personaje vive dentro de un mundo poético, exclusivo, hasta que la intromisión de un extraño quiebra la bonanza hogareña a tal punto de derrumbar -con el balcón- su propia vida.

El lenguaje y el hilo narrativo de Hernández acerca bastante a la intención de Benito Pérez Galdós con esa *casa venida a menos* en su obra *Misericordia*, o con la *visión panorámica de los ámbitos* de Leopoldo Alas (Clarín) en su obra *La Regenta*.

El balcón es un lugar cerrado con vidrios de colores donde surge la poesía necesaria de la protagonista para inventar una existencia de fantasmas. Al *enviudar*, le ofrece a Hernández el cierre perfecto del cuento fantástico, al modo de la *vida monótona y rutinaria* de Cortázar en *Casa Tomada*, o al *razonamiento lógico del absurdo* que Lewis Carroll hace creíble en *A través del espejo*.

Enlace del evento en Facebook:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D\]%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D]%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion



Muchas veces, cuando realizas una consulta en Internet, más que aclarar, confunde. Sin embargo, esta descripción (que transcribo literal) del escritor que nos ocupa, creo que lo define perfectamente.

“Felisberto Hernández fue un escritor, compositor y pianista uruguayo. Uno de los cuentistas latinoamericanos más originales, es reconocido por sus extraños relatos en los que individuos tranquilamente desquiciados inyectan sus obsesiones en la vida cotidiana.”

En un principio no sabía ni cómo empezar, ni cómo enfocar este relato. Como siempre, no analizaré ni diseccionaré el trabajo del escritor, entre otras cosas porque ¿quién soy yo para hacerlo? Pero me dejaré guiar, una vez más, por las emociones que *El Balcón* me ha provocado.

Si tuviera que enmarcarlo dentro de algún género o estilo, sería en el de fantasía, dada la enorme imaginación del autor que consigue, magistralmente, llevar de la mano al lector, mientras atraviesa las páginas en las que, lo absurdo y lo real, lo dramático y lo conmovedor, se entremezclan.

Sin embargo, dentro de este mundo fantástico, *Felisberto Hernández* aborda problemas reales que, cada vez más, están afectando a la humanidad, sobre todo a la del primer mundo, como son la depresión y la ansiedad. El escritor uruguayo nos presenta a cuatro personajes (el pianista, el anciano padre, su hija y la sirvienta). Cuatro personajes que bien podrían, cada uno de ellos, protagonizar por sí solos otro cuento. Pero si hay que destacar alguno sería, sin duda, el de la hija; la muchacha capaz de abducir a cuántos se le acercan, consiguiendo, no solo que acaben formando parte de su quimérico mundo, sino de que acaben hasta dudando de esa quimera.

El pianista nos narra un hecho vivido por él mismo y lo hace en primera persona, consiguiendo con ello una cercanía y una complicidad absoluta con el lector. Nos hace entrar mucho más en el cuento, porque es como si estuviéramos sentados en una terraza, escuchando a un amigo que nos está contando una historia. ¿Una historia (al igual que el mundo de la muchacha) real, o soñada en algún momento de efervescencia etílica?

El pianista conoce al anciano padre cuando éste entra a saludarlo después de un concierto. Al hombre le bastará una sola frase para atrapar, de tal modo al artista entre sus redes, que incluso llegará un momento en que se olvidará de su propia vida.

“Yo lamento que mi hija no pueda escuchar su música”

¡Ah la inherente curiosidad de los bohemios!

A partir de ahí el lector se va a trasladar, como lo hiciera Alicia en su País de las Maravillas, a un mundo diferente donde nada es lo que parece, y cada cosa esconde su propia simbología: el piano, el balcón, las sombrillas, la araña...

Me llama mucho la atención que el escritor omite detalles importantes de los personajes como sus nombres, o sus edades y, sin embargo, nos da al detalle cómo son los objetos que conviven con ellos, dándoles a veces más protagonismo que a los mismos protagonistas. La propia muchacha habla de ellos, reconociendo que esos objetos, esas cosas, van adquiriendo alma a medida que entran en relación con las personas; a medida que encuentran su razón de ser, sintiéndose útiles.

Me pasó una cosa muy curiosa mientras leía el cuento. En el momento en que el pianista explica lo de la galería repleta de sombrillas, me vino, como en un flash, la figura de Joaquín Sorolla. Aquel corredor iluminado y salpicado por los vivos colores de los parasoles abiertos, bien podía haber quedado plasmado en algún lienzo del magistral pintor valenciano. Con que cándida emoción recibe la muchacha el elogio, por parte del pianista, de la belleza de estos objetos. No solo son unas sombrillas, son “sus” sombrillas; sus fieles compañeras de juego.

Me llama también la atención la fascinación que le produce al pianista, a la par que cierto rechazo, el extraño personaje de Tamarinda. El enanismo ha sido siempre un recurrente en los cuentos. Tamarinda, una sirvienta que participa en las comidas, junto con el padre y la hija, y hasta es ayudada por ellos para alcanzar los alimentos de la mesa.

Felisberto Hernández introduce un nuevo personaje: Úrsula. Una mujer que, aunque tengamos casi la certeza de que solo existe en la imaginación de la muchacha, nos mantiene con la curiosidad de saber de quién está hablando, y con la intriga de descubrir si esos personajes que van apareciendo en escena, como el negro del sombrero verde, tienen algo que ver.

Teatro dentro del teatro. Cine dentro del cine. Ficción dentro de la ficción.

La fantasía de la muchacha no tiene límites y logra construir un mundo paralelo, en donde vive parapetada y protegida de ese otro mundo real que tanto dolor le produce. Ha creado su particular universo.

Felisberto Hernández ha dotado a la muchacha de una gran madurez, capaz de hacerla enfrentarse a sus problemas con una gran entereza; sin dramatismo. Tras los primeros momentos de desesperación por el suicidio de su querido balcón, rápidamente se sobrepone porque ya ha encontrado una nueva razón de ser: a partir de ahora será “la viuda del balcón”. A partir de ahora desempeñará ese nuevo rol, que le obligará a recrear nuevos universos en donde, todos los que la rodean, volverán a quedar atrapados.



El balcón es un cuento diferente, difícil de explicar, pero que te hace volver a la infancia. A esa época en la que los soldaditos de plomo, o las mariquitinas, o unos simples cromos, cobraban vida.

El escritor uruguayo, cuya vida estuvo marcada por las luces y las sombras, dicen que murió a los 61 años víctima de una leucemia, sin haber saboreado las mieles del éxito.

Allá donde esté, reciba nuestro homenaje y agradecimiento por el mero hecho de ser diferente, y de tener la capacidad de llevarnos, durante la lectura de sus obras, lejos de un mundo que cada vez se está poniendo más difícil para habitarlo en paz.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

<https://youtu.be/1S9IdYsW8Hc>

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion



CARMINA MARTÍNEZ-REMIS - (España) - Documento Word y vídeo

Felisberto Hernández - Un escritor, compositor y pianista uruguayo nacido a principios de mil novecientos. Uno de los cuentistas latinoamericanos recordado por su originalidad en temas como las mentes desquiciadas o por contrario en temas puramente de humor. Mayormente escribió cuentos y relatos cortos. No fue muy reconocido en su labor de escritor, aunque se relacionó con personajes de la literatura de su tiempo.



El balcón - Un relato muy propio de la época en que fue escrito, tratando de que fuera una historia dramática y un poco guiada a la locura o demencia. Un relato, en donde el autor pretende que el drama y el suspense sea la base del mismo, algo que según mi criterio no logra. Un relato con tres personajes, donde uno de ellos es el propio narrador, este, cuenta su situación a partir de conocer a un anciano y su hija. Realmente el desenlace de la historia es predecible mucho antes del final, salvando pequeñas diferencias. Un relato con una gramática poco atractiva, con poca fluidez, una narrativa repetitiva y aburrida para el lector, con poca creatividad.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

<https://youtu.be/CvKLhTa-v1I>

Enlace del evento en Facebook:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?context=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?context=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Martínez Remis, Carmina

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2020/03/martinez-remis-carmina-madrid-espana.html>



Se trata de un relato que, a pesar de parecer sencillo, no lo es tanto, es polémico y da lugar a opiniones encontradas como cualquier otra obra ya que, autor y relato son uno, lectores y opiniones cientos o miles, tantas como lectores, y todas distintas.

En lo que sí estamos de acuerdo es en que se trata de un relato narrado en primera persona, con un narrador, por tanto, deficiente: sabe sólo lo que ve y sólo puede contar lo que ve y escucha, nada más.

Para mí, en este caso, se trata de un narrador de los que hacen que te preguntes: “¿Qué fue primero, el huevo o la gallina?”, me explico, este narrador en primera persona bien puede decirse:

- 1) que es el protagonista de la historia, sin él la desconoceríamos,
- 2) es un narrador que se esconde, se camufla, nos cuenta pocas cosas de él para dar paso e importancia a sus personajes, además, porque quizá no desee ser reconocido.

Digo esto porque se trata de una primera persona que bien pudiera ser el mismísimo autor. Ese “YO-narrador” es músico, pianista itinerante al igual que lo era el autor, Felisberto Hernández: músico itinerante que se ganaba la vida actuando en bares y cines de las ciudades y pueblos de su entorno. Las preguntas que surgen de inmediato son: “¿Por qué esta historia no puede ser una simple anécdota? ¿Algo que en realidad le sucedió a ese yo que se camufla, ese yo-narrador-autor llamado Felisberto Hernández y que, en el relato, incluso obvia su nombre así como el de los personajes principales, el padre y la hija? ¿Los olvidó sin darse cuenta, o lo hizo a propósito para que nadie que leyese su historia pudiera reconocerlos? ¿Tan descabellado resulta pensar que en una de esas giras no conoció a alguien parecido y lo inmortalizó en un relato? Unos personajes que, en todo cuento que se precie, son anónimos”. Porque, leyendo despacio, se ve que el trío principal: pianista, padre e hija, no tienen nombre; a parte está la personificación del balcón (que da título al relato y en torno al que gira la trama del mismo, puede ser considerado el antagonista del narrador, antagonista a través de la figura y de las palabras de la hija). Los únicos personajes femeninos que sí aparecen nombradas son: Tamarinda, la sirvienta enana, y una mujer llamada Úrsula, fruto de la imaginación de la hija que siempre anda ideando historias, son personajes “extras” (como el negro rengo que porta un sombrero verde de ala ancha, personaje “real” al que incorpora al mundo fantástico, a la historia inventada de Úrsula). Son, como digo, personajes que, como en las películas, están ahí para hacer bulto o, en algún caso como puede llegar a ser en el de Tamarinda, para inquietar. Lo cierto es que hay, al menos, una decena de ellos salpicados por el texto.

El entorno está descrito de forma rápida, como si no importara. En realidad la historia es un suceso de actos, como en una representación teatral, que tienen lugar:

- el primer acto en el teatro donde actúa el músico y luego, las otras dos escenas, muy rápidas, son unos instantes en la calle y luego en un bar en el que charlan el anciano con el pianista,
- el resto de los actos, hasta cuatro más, vienen dados por cortes temporales (el segundo cuando el anciano va a buscar al músico-narrador al hotel) se desarrollan en el interior de la casa en distintos escenarios: en el comedor, en el dormitorio de la hija, en el dormitorio que le asignan al pianista, en lugares de paso como el jardín o el corredor de las sombrillas...

Los personajes se mueven en una atmósfera pequeña, agobiante, como en el escenario de un teatrillo, casi de juguete; una atmósfera en la que se nombra a la música que “es engullida por los silencios”. Los diálogos que mantienen entre sí son fluidos, algunos directos y otros insertados en el texto, transcripciones del narrador de cosas dichas por sus personajes.

Existe una enorme personalización de los objetos a los que el autor les dota de una humanidad, de un alma que, lógicamente, no poseen. Es una humanidad que viene dada por los propios personajes cuando estos se presentan en su estado más “puro”, digamos, más “lúcido”, cuando son individuos cabales y educadas... Pero llega un momento en el que las personas, dejan de serlo cuando se sientan a la mesa: la cena pasa a ser casi una bacanal, donde el anciano y el pianista se dejan caer en los brazos de la gula y la bebida, añadido a todo ello la figura de Tamarinda, la criada enana, que en ese momento saluda casi como un bufón, todo hace que el encanto anterior, la humanidad, el buen gusto, desaparezcan, es entonces cuando esos objetos dejan de tener

ese protagonismo, esa humanidad, ese alma de la que poco antes se les dotó, dejan de serlo con la imagen del anciano “**agarrando al botellón por el pescuezo para doblarlo y hacerle que escancie el vino**”, se personifica al objeto, pero se embrutece al anciano.

Hay, también una presencia si no premonitoria, sí algo inquietante como es la “figura” de la araña, probablemente el artrópodo con presencia más intensa en el conjunto de creencias humanas primitivas. A lo largo de cinco continentes y de 5.000 años, la araña ha sido vinculada a importantes divinidades en las que residen al mismo tiempo tanto poderes creadores como destructores. La araña ha sido símbolo de vida (creación, fertilidad y sexo) por su capacidad para la construcción de telas a partir de sí misma, pero también de muerte (guerra y destrucción) por su capacidad predatora y la toxicidad de su veneno. Esta ambivalencia, puede rastrearse en antiguos mitos mediterráneos, pero también en el continente africano, en las culturas mesoamericanas y entre las tribus de nativos norteamericanos o en las islas del Pacífico. Indudablemente no aparece en el relato porque sí, sino que es un aviso de lo que sucederá: la hija está con el pianista en el dormitorio de éste, consecuencia: “suicidio del balcón” a causa de los celos.



Hay cantidad de figuras retóricas: personificaciones (las más utilizadas), comparaciones, metáforas, hipérboles, oxímoron, catacresis...

El relato me gustó y me gusta cada vez que lo leo. Es una historia que se lee bien, de la que se puede sacar mucho más de lo que por sí misma ofrece, es más, al menos yo así lo he sentido: me hubiera gustado saber más cosas de todos ellos.

Vídeo en YouTube

<https://youtu.be/O5uvXeBgnIE>

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Juana Castillo Escobar

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2010/08/castillo-escobar-juana-madrid-espana.html>



Mujer Destacada
Foro Femenino Latinoamericano
en la Cultura
Foro Femenino Latinoamericano

2019

MABEL GONDÍN entre las “Mujeres destacadas en la Cultura 2019”

Revista **N.º 59 – ESPECIAL - DICIEMBRE 2019 / ENERO 2020**

<https://castilloescobarjuana.files.wordpress.com/2020/01/nc2ba-59-diciembre-2019-enero-2020-especial-foro-femenino-latinoamericano-protegido.pdf>

Felisberto Hernández - Escritor uruguayo, nacido en una familia pobre, gana su vida como pianista en salas de cine. La música es su gran pasión hasta que decide dedicarse a la literatura, con narraciones cortas. Se lo considera un escritor al decir de Oviedo, que: “escapa a toda clasificación y/o encasillamiento”. Era leído por sus colegas, pero no por el público, no lo comprendían, porque Felisberto escapaba a los cánones de la época, era muy original, nadie lo podía igualar en eso. Sus obras estaban imbuidas por un universo personal de gran contenido filosófico-positivista. Lo admiraban Cortázar, Ítalo Calvino y Onetti.

Cortázar rechaza el encasillamiento de su narrativa en “fantástica”, y dice:

"nadie como él para disolverla en un increíble enriquecimiento de la realidad total que no sólo contiene lo verificable, sino que lo apuntala en el lomo del misterio".

Ítalo Calvino que prologó una de sus obras en italiano: dijo de Hernández: "un escritor que no se parece a nadie: a ninguno de los europeos y a ninguno de los latinoamericanos, es un 'francotirador' que desafía toda clasificación y todo marco, pero se presenta como inconfundible al abrir sus páginas".

Aunque por su trabajo de escritor abandona su carrera de pianista, su obra está impregnada de música, tanto en los temas evocados (un profesor de piano, un recital, un bandoneón), como en la forma de contar, sugiere emociones con palabras, transforma el sentido de las palabras en función de los sonidos. Construye partes de su relato como variaciones de un mismo tema musical. Sin embargo, desde el punto de vista de su narrativa fue fuertemente criticado por la incorrección de su prosa. Por eso en Uruguay, las editoriales no le aceptaban sus libros. El primero fue editado en Buenos Aires.

Su obra se divide en tres etapas, la primera, con influencia vanguardista, con el libro “Fulano de tal” escrito en 1920, la segunda con “Caballo perdido” escrito en 1943, la tercera y última con “Nadie encendía las lámparas” escrito en 1947. Esta última etapa, lo muestra con mayor madurez y trata temas que le preocupan, como lo extraño y lo fantástico.

En «El balcón» desde el inicio lo que choca con acostumbrado, es la vaguedad temporal y espacial, por ejemplo: “Había una ciudad...” sin nombre, “En esa época...” sin tiempo, “Una de las casas” pero no sabemos cuál, “un hotel” también sin nombre. En todo el cuento el uso del artículo indefinido da una sensación de imprecisión, una falta de exactitud.

Según Oviedo, el “germen surrealista” de Felisberto no es un influjo; es una confluencia muy obvia en “El balcón”. Las situaciones absurdas, los diálogos, a veces irracionales, son elementos que predominan en el cuento. La cosificación de las personas y la personificación de los objetos son recursos utilizados en forma permanente por el escritor. Otro elemento muy destacable es la personificación del silencio: “Al silencio le gustaba escuchar la música”, la personificación del balcón: “Él es mi único amigo”, llega a su punto más alto cuando el protagonista-balcón comete suicidio por celos. La ruptura asombrosa de la narración, cuando el narrador, antes de terminar con la descripción del comedor, de golpe, habla de las manos que cobran vida propia y autonomía como si fueran personas: “...empezaron a entrar en el mantel nuestros pares de manos”. En este punto, las manos aparecen fragmentadas del resto del cuerpo. En este cuento podemos también descubrir la sensualidad y el erotismo cuando ella: “le puso los brazos desnudos” sobre el balcón. Esos son recursos que atacan al lector por el sentimiento de extrañamiento y excentricidad que provocan, pero también se lo puede considerar: “elementos fantásticos o surrealistas”

Otro recurso utilizado por Felisberto es la comparación: Ejemplo, “allí se habían reunido, como para una fiesta de recuerdos...”, “...los recuerdos se acurrucaban en la sombra como si tuvieran plumas...”. En la mayoría de los casos de las comparaciones hay una ternura palpable y una extrañeza extrema.

Resumen de El Balcón: El narrador relata la historia de una de sus visitas veraniegas a una ciudad en la que daba unos conciertos de piano. En verano hay poca gente en la ciudad, porque una gran parte de los habitantes se va de vacaciones a otro lado. Después de uno de sus conciertos, conoce a un anciano que se lamenta de que su hija no pueda escuchar su música, porque no puede salir de su casa. El anciano y el pianista van juntos a

un café. Allí, el anciano le cuenta que vive en una casa vieja y grande, y que su hija se la pasa una gran parte del día en un balcón de invierno de su habitación. Luego le dice al narrador que le agradecería si fuese a su casa a cenar y a tocar el piano, a lo que el narrador accede.

Mientras se acerca a la casa, el narrador ve que el balcón está en un primer piso que da a la calle y que está compuesto por vidrios de colores. En la casa también hay un jardín rodeado por un alto paredón con una fuente y estatuillas. Al narrador le sorprende ver un largo corredor lleno de sombrillas; el anciano le cuenta que son regalos para su hija, a la que le gusta tener las sombrillas abiertas para ver los colores.

Encuentran a la hija parada en medio del balcón. La muchacha agradece la visita y se disculpa por no poder salir, mientras señala el balcón, diciendo que es su único amigo. El narrador le pregunta si el piano no es amigo suyo también, y aquella le dice que era un gran amigo de su madre. Ella le pide que espere hasta la noche para tocar el piano porque acostumbraba a escuchar el piano de su madre a la luz del candelabro. Luego se acerca al balcón y le cuenta al pianista que cuando ve pasar varias veces a un mismo hombre por el vidrio rojo de su balcón, casi siempre resulta que es violento o de mal carácter. También le dice a su visita que lo vio venir a través del vidrio verde, que casi siempre les toca a las personas que viven solas en el campo.

La hija, el anciano y el pianista van al comedor, que se ubica a un nivel más bajo de la calle. En la mesa hay un montón de objetos viejos de la familia que el narrador observa, pensando en las diferentes manos que los hicieron y los manipularon. La hija cree que los objetos adquieren alma a medida que entran en relación con las personas, y que su balcón adquirió la suya cuando ella empezó a vivir en él.

Una sirvienta de baja estatura, de nombre Tamarinda, llega para llevarse los platos de la mesa. El narrador piensa que los objetos pierden dignidad cuando “la enana” los toca. Mientras aquella mujer mete sus brazos en la mesa, la hija le cuenta de un camisón blanco que la acompaña desde que escribiera sus primeros poemas, y empieza a recitar uno dedicado a dicha prenda. El pianista se mortifica pensando que debe aparentar atención. Cuando termina el poema, el pianista improvisa algunas palabras de apreciación, pero en seguida la hija continúa con otro poema. El pianista se siente aburrido y ve todo sin prestigio. Entonces come y bebe con desesperación y abruptamente.

Finalizado el segundo poema, el pianista intenta mejorar la situación haciendo chistes, que tienen un buen efecto en los dueños de casa. Aquella noche no toca el piano y se queda a dormir en una habitación contigua a la casa. Allí, el pianista se pasea recibiendo de la memoria los recuerdos de aquellos días.

Por la mañana, el narrador pianista pasa por un corredor que da al jardín y oye una conversación entre el anciano y su hija. Hablan sobre una tal Úrsula, que está enamorada de otro que no es su marido. Al mediodía, huésped y anciano almuerzan solos, sin la presencia de la hija. Luego el narrador sale a comprar un libro, y de regreso ve pasar frente al balcón a un hombre viejo y renco, de sombrero verde y alas anchas.

Aquella noche vuelven a cenar juntos. La hija no recita y el pianista relata cuentos que hacen reír al anciano a carcajadas. Cuando terminan de comer, la hija dice que quiere escuchar música aquella noche. Van a su habitación y el narrador empieza a tocar, pero pronto una de las cuerdas se rompe y la joven da un grito. El anciano trata de consolar a su hija y el huésped se retira a su habitación.

A la mañana siguiente, el narrador escucha a la hija decirle al padre que el enamorado de Úrsula tiene un sombrero verde de alas anchas. En el almuerzo, el narrador aprovecha para preguntarle al anciano sobre Úrsula. Este le cuenta que su hija, desde chica, lo obliga a escuchar historias de vidas inventadas por ella, en las que incluye hechos y vestimentas que percibe desde el balcón.

Anciano y huésped cenan también solos, y se quedan conversando hasta muy tarde. El narrador vuelve a su habitación y, cuando está acostado, oye que llaman a la puerta. La hija entra, se coloca en una silla al lado de la cama y saca un cuaderno de versos para leer. Mientras el pianista hace un esfuerzo por no quedarse dormido. En el piso hay una araña grande en posición de saltar. El narrador le empieza a tirar con varios objetos hasta que consigue darle. La hija le pide que no le diga nada al padre, porque él se opone a que lea hasta tarde, y se retira.

Al día siguiente, el anciano va a la habitación del narrador para pedirle perdón; la hija le contó todo. El pianista le dice que se irá a tocar a una localidad vecina, pero promete volver. A los pocos días de irse, recibe un llamado telefónico del anciano. Este le pide que vuelva porque ha ocurrido una desgracia de la que no puede contarle en ese momento. Solo le dice que Tamarinda y su hija están bien, aunque la última ya no quiere levantarse ni ver la luz del día, y que ha mandado a cerrar todas las sombrillas. El narrador regresa sin dar el

concierto y se encuentra con el anciano en un café. Allí, este le cuenta que dos días atrás, durante una tormenta, estaban en el comedor cuando oyeron un estruendo. Corrieron a la habitación de la hija y vieron que el balcón se había caído.

El narrador va a visitar a la hija del anciano. Cuando se encuentran solos, esta le dice que el balcón no se cayó, sino que se tiró. Se echa la culpa, diciendo que el balcón se puso celoso cuando ella fue a la habitación del pianista. El narrador intenta decirle que el balcón se cayó por su propio peso, pero aquella afirma que la araña fue un aviso y una amenaza. Entonces se levanta y se dirige a la puerta que da al vacío, donde estaba el balcón. El narrador teme que se tire, pero la muchacha se acerca a una mesita y saca su cuaderno de versos. Empieza a recitar un poema titulado “La viuda del balcón”.

ANÁLISIS Y COMENTARIOS de Ana Navone: “El balcón” es un relato de Felisberto Hernández en los que el narrador ingresa en la casa de un personaje, observar su vida cotidiana, ajena para él y extraña. La casa del anciano y su hija está en una ciudad que, no sabemos su nombre, al momento de la visita del narrador pianista, está casi deshabitada: la primera imagen que me hace sentir es, estamos en una ciudad solitaria, en una casa abandonada, en la cual se instaló un hotel donde solo quedaron los sirvientes: “apenas empezaba el verano la casa se ponía triste... Si yo me hubiera escondido detrás de ella y soltado un grito, éste en seguida se hubiese apagado en el musgo”. Al narrador le atrae ese tipo de tranquilidad relacionada con el sonido y el silencio, porque al principio, nos dice que le gusta ir de visita a aquella ciudad desolada, en la que “todas las cosas eran lentas, sin ruido”. También nos hace pensar que esta casa-hotel nos anticipa la que luego aparece ante la presencia del anciano. Esa casa también tiene apariencia de ser una casa inhabitada: “yo salí para comprar un libro a propósito para ser leído en una casa abandonada entre yuyos”

El narrador accede a conocer la casa y a la hija del anciano movido por un gesto de amabilidad, pero pronto empieza el conteo de los espacios y los objetos. Sentado a la mesa del comedor, siente que las cosas allí dispuestas son “formas preciosas del silencio”, que evocan recuerdos de la familia y de otras personas que los hicieron o los tuvieron. De este modo, la mirada del narrador ennoblece los objetos por el modo en que aprecia su interacción con la tranquilidad de la casa y con los vínculos que imagina entre estos y las personas.

Sin embargo, la presencia de los habitantes de la casa, que tienen sus relaciones particulares con los objetos del hogar, rompe la imagen idealizada que el narrador ha construido del entorno. Él ve a Tamarinda, una sirvienta que parecía una caricatura por su tamaño, a través de una mirada sobre las partes diminutas de su cuerpo, que cuando tocan los objetos los degrada: “De pronto apareció en la orilla del mantel la cara colorada de la enana... Ella metía con decisión sus bracitos en la mesa para que las manitas tomaran las cosas...Así, al ser tomados por la enana, los objetos de la mesa perdían dignidad”. El anciano también contribuye a la degradación de los objetos por el modo en que se sirve de beber: “el anciano tenía una manera apresurada y humillante de agarrar el botellón por el pescuezo y doblegarlo hasta que le salía vino” Finalmente, la hija también termina por fastidiar al narrador cuando recita un poema “cursi” sobre su camión blanco, disponiendo una escena patética en la que el narrador se irrita ante la necesidad de fingir atención.

La hija del anciano es quien mejor encarna esa tensión entre lo solemne y lo raro, a través de su relación con los objetos de la casa. Hay algo bello para el narrador en el modo en que la hija dispone sus sombrillas en el corredor, quitándole funcionalidad al espacio –que no se puede usar cuando hay mucho viento, porque se volarían las sombrillas– para convertirlo en una especie de sala de arte. El huésped coincide con su anfitriona en sentir cariño por las ropas viejas, pero aquella lleva su amor por los objetos al extremo de otorgarles un alma y de dedicarles poemas.

La hija está tan comprometida con la casa y sus objetos que no puede salir de allí. Pero su mayor compromiso es con una parte de la casa, el balcón, que cobra vida propia a través del amor que la hija construye con él como objeto independiente. El balcón funciona como un espacio intermedio entre lo exterior y lo interior, porque le permite a la hija observar el afuera que no puede conocer. Pero es un balcón cerrado, compuesto de vidrios de colores que condicionan o distorsionan la vista. A través del balcón, la hija del anciano toma prestado “hechos y vestimentas” para sus vidas inventadas, fantasías de la mente que se corresponden con los vínculos imaginarios que la hija establece con sus posesiones. El narrador también dice cuentos, pero su intención es hacer reír, del mismo modo que le parece divertido pensar que los objetos adquieren alma a medida que se relacionan con las personas: “de acuerdo a lo que usted dijo de los objetos, los trajes son los

que han estado en más estrecha relación con nosotros –aquí yo me reí y ella se quedó seria...” . En este sentido, el narrador también oscila entre el juego y el aprecio de los objetos, pero él sabe equilibrar esa oscilación mejor que la hija, que se entrega de lleno a su vínculo afectivo con ellos.

Un tema que aparece en la trama es el de los recuerdos. El narrador cuenta que, por la noche, “recibe de la memoria algunos acontecimientos de los días anteriores, y piensa en personas que están muy lejos de allí”, y luego relata que “a la mañana siguiente hace un recorrido sonriente y casi feliz por las cosas de su vida” . En este sentido, los recuerdos –los lejanos y los cercanos– se le presentan de forma autónoma –los recibe de la memoria, como si aquella fuera un agente externo a él– y siente un vínculo feliz con ellos. Para la hija del anciano el recuerdo de su madre tiene la forma concreta de un objeto: el piano. La madre tocaba siempre el piano de noche con las luces prendidas, y así quiere la hija que su invitado toque el piano por la noche y con luz artificial. Aquí vuelve a aparecer el motivo de la luz y la oscuridad en conjunción con el del silencio y los sonidos: primero, la hija cuenta que su madre “encendía las cuatro velas de los candelabros y tocaba notas tan lentas y tan separadas en el silencio como si también fuera encendiendo, uno por uno, los sonidos”, y cuando el narrador se dispone a tocar, sus acordes juegan de un modo semejante con el sonido, el silencio y las luces: “cuando fui a hacer el primer acorde, el silencio parecía un animal pesado que hubiera levantado una pata. Después del primer acorde salieron sonidos que empezaron a oscilar como la luz de las velas” .

En seguida una cuerda estalla y la hija del anciano pega un grito y se tapa los ojos, como si creyera que su intento de remorar a su madre a través de su invitado fuera la causa del estallido. Podemos ver cómo la hija interpreta la rotura de la cuerda, y más adelante la aparición de una araña enorme, como amenazas de los objetos, que no quieren que ella tenga un vínculo con el narrador. Por más que el anciano intente consolarla, diciéndole que “las cuerdas estaban viejas y llenas de herrumbre”, o que el narrador le diga que el balcón estaba viejo y que cayó “por su propio peso”, ella está convencida de que los objetos tienen vida propia, y que el balcón se suicidó. Convertida en “la viuda del balcón”, la hija resuelve no levantarse más de la cama ni ver la luz del día; “vive nada más que con luz artificial”, dice el anciano, como si su hija no quisiera que ingrese nada externo a la casa, ni siquiera la luz del sol. En el final, el narrador queda suspendido en la tortura de tener que escuchar otro poema de la joven, que acaso seguirá con sus costumbres de siempre, tal vez hundiéndose más y más en el recuerdo de su madre, que solo tocaba el piano de noche, con las luces encendidas.

Comentarios que unen el cuento con la realidad:

La obra de Felisberto Hernández es tan bella, nos brinda pinceladas de pentagramas, sonidos de silencio, y un universo tan particular que nos invade el corazón y la mente. Como todo lo que es diverso a lo que rige en cada época, su obra no fue aceptada en sus primeros tiempos, y tuvieron que pasar muchos años, y estar fundamentada por opiniones, comentarios de escritores reconocidos como Julio Cortázar, Ítalo Calvino, Onetti, que consideraron que Felisberto era un escritor fuera de toda clasificación y una nueva corriente literaria.

Sabemos que una de las características del ser humano es rechazar todo lo que es diverso a él y su entorno. Muy importante es analizar, con nuestros propios elementos, herramientas, no dejarnos influenciar por otros y sacar nuestras propias conclusiones, a fin de lograr una visión clara y prolífera del, en este caso, escritor que después de 50 años de fallecido ha recibido un homenaje y reconocimiento.

Gracias por este espacio que me permite desarrollar estos temas literarios que tanto me apasionan. Al mismo tiempo que puedo asociarlos con nuestra realidad social y verla, dejando de lado la hipocresía del ser y su falta de apertura mental para la integración de nuevas formas. Debemos incluir, debemos buscar los valores y principios que nos quieren arrebatarse para mantener nuestro nivel cultural en una dimensión que enaltezca a nuestra Patria y al Mundo tal como lo hubiera querido nuestra Mabel Gondín.



Enlace del evento en Facebook:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D\]%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D]%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:
https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Navone, Ana

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com.es/2015/04/ana-navone-mar-del-plata-provincia-de.html>



VANESA A. GÓMEZ - Documento Word
(Tres Arroyos - Prov. De Buenos Aires, Argentina)

Felisberto Hernández fue un compositor, pianista y escritor uruguayo, caracterizado por sus obras, en un principio catalogadas como literatura fantástica, basadas, principalmente, en una reflexión sobre sí mismo. Si bien su trabajo de escritor superó su carrera de pianista, su obra entera está impregnada de música, en la forma de contar, al sugerir emociones con palabras de cierta sonoridad, transformando el sentido de las palabras.

Esta obra que resulta extraña, casi como una parodia de una realidad burlesca de la cotidianidad, donde el narrador relata la historia de una de sus visitas veraniegas a una ciudad en la que daba unos conciertos de piano. En verano hay poca gente en la ciudad, porque una gran parte de los habitantes se va de vacaciones a otro lado.

Después de uno de sus conciertos, conoce a un anciano que se lamenta de que su hija no pueda escuchar su música, porque no puede salir de su casa. El anciano y el pianista van juntos a un café. Allí, el anciano le cuenta que vive en una casa vieja y grande, y que su hija se la pasa una gran parte del día en un balcón de invierno de su habitación. Luego lo invita a diciendo que agradecería si fuese a su casa a cenar y a tocar el piano, a lo que él accede.

Se observa que la casa del anciano y su hija está casi deshabitada casi abandonada en la que se instaló un hotel donde solo quedan los sirvientes. Al él le atrae ese tipo de tranquilidad vinculada al motivo del sonido y el silencio, porque dice al principio que le gusta ir de visita a aquella ciudad desolada, en la que “todas las cosas eran lentas, sin ruido”

Al acceder a conocer la casa y a la hija del anciano movido por un gesto de amabilidad, pronto empieza su análisis de los espacios y los objetos. Sentado a la mesa del comedor, siente que las cosas allí dispuestas son “formas preciosas del silencio” que evocan recuerdos de la familia y de otras personas.

Ve a una sirvienta, Tamarinda, de pequeño tamaño, describiéndola de la siguiente manera: “De pronto apareció en la orilla del mantel la cara colorada de la enana, ella metía con decisión sus bracitos en la mesa para que las manitas tomaran las cosas”. Al ser tomados por la enana, los objetos de la mesa perdían dignidad”. El anciano también atribuye al desagradable modo en que se sirve de beber: “el anciano tenía una manera apresurada y humillante de agarrar el botellón por el pescuezo y doblegarlo hasta que le salía vino”. La hija tiene una relación especial con los objetos de la casa, por ejemplo, en la disposición de unas sombrillas en el comedor que no usaba cuando había mucho viento, convirtiendo este espacio en una especie de salón de arte. Pero su amor por los objetos era a un extremo tal de otorgarles un alma y de dedicarles poemas, maximizando su compromiso y no poder salir de allí.

El balcón de la casa, compuesto de vidrios de colores, cobra vida propia a través del amor que la hija construye con él y le permite observar el afuera que no puede conocer, y toma prestado hechos y vestimentas para inventar historias.

El pianista pretendía hacer reír, y le parece divertido pensar que los objetos adquieren alma a medida que se relacionan con las personas.

La hija del anciano recuerda a su madre y le da forma concreta de un objeto: el piano. La madre tocaba siempre el piano de noche con las luces prendidas, y así quiere la hija que su invitado toque el piano por la noche y con luz artificial. Seguidamente pega un grito interpretando la rotura de la cuerda, y la aparición de una araña enorme. Desconsoladamente interpreta que “las cuerdas estaban viejas y llenas de herrumbre”, o que el invitado le diga que el balcón estaba viejo y que cayó “por su propio peso” convencida que el descorazonado, se suicidó. Convirtiéndose en “la viuda del balcón”, la hija resuelve no levantarse más de la cama ni ver la luz del día

Finalmente, el pianista obligado a tener que escuchar otro poema de la joven, que acaso seguirá con sus costumbres de siempre, tal vez con el agravante de hundirse más en el recuerdo de su madre, que solo tocaba el piano de noche, con las luces encendidas.

Este cuento fantástico es una máxima expresión de una manera inexacta casi fantasiosa de describir los recuerdos lúcidos, que quedan marcados inexactos, fotónicos, de sensaciones, imágenes imprecisas de situaciones casi inexistentes en los objetos. Esta imprecisión puede notarse en el tiempo cronológico y espacio del cuento, presentándose sólo algunos datos.



Así puedo decir que se configuran en el cuento diferentes probabilidades, deseos, sueños como en la siguiente cita: "Al silencio le gustaba escuchar la música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el silencio ya era de confianza, intervenía en la música:

pasaba entre los sonidos como un gato con su gran cola negra y los dejaba lleno de intenciones"

Un cuento enriquecedor, donde el lenguaje juega entre la realidad y la fantasía, permitiendo la creación de otro universo posible permeable con la música y las emociones de recuerdos inolvidables.

Enlace del evento en Facebook:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D\]%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D]%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion



“Pluma y Tintero” en Facebook

<https://www.facebook.com/Revista-Literaria-Pluma-y-Tintero-196434577045755/>

MARÍA CRISTINA BERÇAITZ - (España) - Vídeo



El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

<https://youtu.be/t6wCZd5w16U>

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%5B%5D%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Berçaitz, María Cristina

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2022/07/maria-cristina-bercaitz-buenos-aires.html>



“PLUMA Y TINTERO” - Año XI - N.º 67

ESPECIAL DICIEMBRE 2020 Con: “FORO FEMENINO LATINOAMERICANO”

SUELTA DE LIBROS VIRTUAL

Creación y Convocatoria: Foro Femenino Latinoamericano

Prestigiosas autoras y destacados autores participan con obras de su autoría: Sandra Gudiño. Ana Navone Juana Castillo.... Y *La Saga de las Siete Escritoras*: **Mabel Gondín** - Soledad Baricik- Alicia Beloso- Graciela Ovejero- Olga Ferrari- Cristina Larice y Marta Vega, entre otras.

https://castilloescobarjuana.files.wordpress.com/2020/12/no-67_novbre.-dicbre.-2020_especial-foro-femenino-latinoamericano_protegido.pdf

Un gran compositor, pianista y un cuentista que logra sólidamente personajes que van surgiendo como de una mente afiebrada y se integran al relato con una facilidad increíble. El balcón es el amigo fiel de los silencios que se cruzan con la música cuando nadie aún ha encendido las lámparas. Los personajes son reales aunque la enana con sus manos ágiles y regordetas prive por momentos de dignidad a la mesa.

El viento hace volar las sombrillas cuando quiere y mezcla los colores, la chica pasea pada túnel hay un nuevo interrogante esas tierras de la memoria con evidente trastorno de personalidad, su padre comprende a veces, está tan desquiciado como ella y parece un caballo perdido en un desierto de olvidos obvios.

El narrador es tanto o más extraño que los habitantes de la casa inundada de preguntas sin respuesta, los poemas infantiles, las historias de Úrsula y otros inventos.

Un cuento maravilloso de un autor que nos lleva por laberintos que se bifurcan y en cada paso hay un nuevo interrogante...final abierto y exquisito...excelente.



Enlace del evento en Facebbok:

[https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A\[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D\]%7D](https://www.facebook.com/events/1469689776842625?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A[%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D]%7D)

Conversación (vídeos y textos) en Facebbok - Enlace:

https://www.facebook.com/events/1469689776842625/?active_tab=discussion

Viviana Maldonado Raggio - Escritora

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2021/01/viviana-maldonado-loberia-buenos-aires.html>





Sentadas: **Stella Maris Orosco** (Coordinadora General del Ateneo, Fundadora y Directora Ejecutiva del Foro Femenino Latinoamericano) y **MABEL GONDÍN** (con micrófono).

Detrás: **Miriam Fattarelli**, hija de *Mabel Gondín*, entre Stella y su madre, destacada artista plástica.

En la esquina de la mesa, junto a Mabel: **Marta Vega**, Coordinadora para Argentina del Ateneo.

Lectura n.º 4 – 17 de octubre 2022

TRABAJOS DE LOS PARTICIPANTES EN EL ATENEO, “Extranjero” y Argentina,

POR ORDEN DE RECEPCIÓN

Amor



Clarice Lispector

(Tchetchelnik o Chechelnyk - Ucrania, 10 de diciembre de 1920
Río de Janeiro, 9 de diciembre de 1977)

Un poco cansada, con las compras deformando la nueva bolsa de malla, Ana subió al tranvía. Depositó la bolsa sobre las rodillas y el tranvía comenzó a andar. Entonces se recostó en el banco en busca de comodidad, con un suspiro casi de satisfacción. Los hijos de Ana eran buenos, algo verdadero y jugoso. Crecían, se bañaban, exigían, malcriados, por momentos cada vez más completos. La cocina

era espaciosa, el fogón estaba descompuesto y hacía explosiones. El calor era fuerte en el departamento que estaban pagando de a poco. Pero el viento golpeando las cortinas que ella misma había cortado recordaba que si quería podía enjugarse la frente, mirando el calmo horizonte. Lo mismo que un labrador. Ella había plantado las simientes que tenía en la mano, no las otras, sino esas mismas. Y los árboles crecían.

Crecía su rápida conversación con el cobrador de la luz, crecía el agua llenando la pileta, crecían sus hijos, crecía la mesa con comidas, el marido llegando con los diarios y sonriendo de hambre, el canto importuno de las sirvientas del edificio. Ana prestaba a todo, tranquilamente, su mano pequeña y fuerte, su corriente de vida. Cierta hora de la tarde era la más peligrosa. A cierta hora de la tarde los árboles que ella había plantado se reían de ella. Cuando ya no precisaba más de su fuerza, se inquietaba. Sin embargo, se sentía más sólida que nunca, su cuerpo había engrosado un poco, y había que ver la forma en que cortaba blusas para los chicos, con la gran tijera restallando sobre el género. Todo su deseo vagamente artístico hacía mucho que se había encaminado a transformar los días bien realizados y hermosos; con el tiempo su gusto por lo decorativo se había desarrollado suplantando su íntimo desorden. Parecía haber descubierto que todo era susceptible de perfeccionamiento, que a cada cosa se prestaría una apariencia armoniosa; la vida podría ser hecha por la mano del hombre.

En el fondo, Ana siempre había tenido necesidad de sentir la raíz firme de las cosas. Y eso le había dado un hogar, sorprendentemente. Por caminos torcidos había venido a caer en un destino de mujer, con la sorpresa de caber en él como si ella lo hubiera inventado. El hombre con el que se había casado era un hombre de verdad, los hijos que habían tenido eran hijos de verdad. Su juventud anterior le parecía tan extraña como una enfermedad de vida. Había surgido de ella muy pronto para descubrir que también sin la felicidad se vivía: aboliéndola, había encontrado una legión de personas, antes invisibles, que vivían como quien trabaja con persistencia, continuidad, alegría. Lo que le había sucedido a Ana antes de tener su hogar ya estaba para siempre fuera de su alcance: era una exaltación perturbada a la que tantas veces había confundido con una insoportable felicidad. A cambio de eso, había creado algo al fin comprensible, una vida de adulto. Así lo había querido ella y así lo había escogido. Su precaución se reducía a cuidarse en la hora peligrosa de la tarde, cuando la casa estaba vacía y sin necesitar ya de ella, el sol alto, y cada miembro de la familia distribuido en sus ocupaciones. Mirando los muebles limpios, su corazón se apretaba un poco con espanto. Pero en su vida no había lugar para sentir ternura por su espanto: ella lo sofocaba con la misma habilidad que le habían transmitido los trabajos de la casa. Entonces salía para

hacer las compras o llevar objetos para arreglar, cuidando del hogar y de la familia y en rebeldía con ellos. Cuando volvía ya era el final de la tarde y los niños, de regreso del colegio, le exigían. Así llegaba la noche, con su tranquila vibración. De mañana despertaba aureolada por los tranquilos deberes. Nuevamente encontraba los muebles sucios y llenos de polvo, como si regresaran arrepentidos. En cuanto a ella misma, formaba oscuramente parte de las raíces negras y suaves del mundo. Y alimentaba anónimamente la vida. Y eso estaba bien. Así lo había querido y elegido ella.

El tranvía vacilaba sobre las vías, entraba en calles anchas. Enseguida soplaban un viento más húmedo anunciando, mucho más que el fin de la tarde, el final de la hora inestable. Ana respiró profundamente y una gran aceptación dio a su rostro un aire de mujer.

El tranvía se arrastraba, enseguida se detenía. Hasta la calle Humaitá tenía tiempo de descansar. Fue entonces cuando miró hacia el hombre detenido en la parada. La diferencia entre él y los otros es que él estaba realmente detenido. De pie, sus manos se mantenían extendidas. Era un ciego.

¿Qué otra cosa había hecho que Ana se fijase erizada de desconfianza? Algo inquietante estaba pasando. Entonces lo advirtió: el ciego masticaba chicle... Un hombre ciego masticaba chicle.

Ana todavía tuvo tiempo de pensar por un segundo que los hermanos irían a comer; el corazón le latía con violencia, espaciadamente. Inclineda, miraba al ciego profundamente, como se mira lo que no nos ve. Él masticaba goma en la oscuridad. Sin sufrimiento, con los ojos abiertos. El movimiento, al masticar, lo hacía parecer sonriente y de pronto dejó de sonreír, sonreír y dejar de sonreír -como si él la hubiese insultado, Ana lo miraba. Y quien la viese tendría la impresión de una mujer con odio. Pero continuaba mirándolo, cada vez más inclinada -el tranvía arrancó súbitamente, arrojándola desprevenida hacia atrás y la pesada bolsa de malla rodó de su regazo y cayó en el suelo. Ana dio un grito y el conductor dio la orden de parar antes de saber de qué se trataba; el tranvía se detuvo, los pasajeros miraron asustados. Incapaz de moverse para recoger sus compras, Ana se irguió pálida. Una expresión desde hacía tiempo no usada en el rostro resurgía con dificultad, todavía incierta, incomprensible. El muchacho de los diarios reía entregándole sus paquetes. Pero los huevos se habían quebrado en el paquete de papel de diario. Yemas amarillas y viscosas se pegoteaban entre los hilos de la malla. El ciego había interrumpido su tarea de masticar chicle y extendía las manos inseguras, intentando inútilmente percibir lo que estaba sucediendo. El paquete de los huevos fue arrojado fuera de la bolsa y, entre las sonrisas de los pasajeros y la señal del conductor, el tranvía reinició nuevamente la marcha.

Pocos instantes después ya nadie la miraba. El tranvía se sacudía sobre los rieles y el ciego masticando chicle había quedado atrás para siempre. Pero el mal ya estaba hecho.

La bolsa de malla era áspera entre sus dedos, no íntima como cuando la había tejido. La bolsa había perdido el sentido, y estar en un tranvía era un hilo roto; no sabía qué hacer con las compras en el regazo. Y como una extraña música, el mundo recomenzaba a su alrededor. El mal estaba hecho. ¿Por qué?, ¿acaso se había olvidado de que había ciegos? La piedad la sofocaba, y Ana respiraba con dificultad. Aun las cosas que existían antes de lo sucedido ahora estaban precavidas, tenían un aire hostil, percedero... El mundo nuevamente se había transformado en un malestar. Varios años se desmoronaban, las yemas amarillas se escurrían. Expulsada de sus propios días, le parecía que las personas en la calle corrían peligro, que se mantenían por un mínimo equilibrio, por azar, en la oscuridad; y por un momento la falta de sentido las dejaba tan libres que ellas no sabían hacia dónde ir. Notar una ausencia de ley fue tan súbito que Ana se agarró al asiento de enfrente, como si se pudiera caer del tranvía, como si las cosas pudieran ser revertidas con la misma calma con que no lo eran. Aquello que ella llamaba crisis había venido, finalmente. Y su marca era el placer intenso con que ahora gozaba de las cosas, sufriendo espantada. El calor se había vuelto menos sofocante, todo había ganado una fuerza y unas voces más altas. En la calle Voluntarios de la Patria parecía que estaba pronta a estallar una revolución. Las rejas de las cloacas estaban secas, el aire cargado de polvo. Un ciego mascando chicle había sumergido al mundo en oscura impaciencia. En cada persona fuerte estaba ausente la piedad por el ciego, y las personas la asustaban con el vigor que poseían. Junto a ella había una señora de azul, ¡con un rostro! Desvió la mirada, rápido. ¡En la acera, una mujer dio un empujón al hijo! Dos novios entrelazaban los dedos sonriendo... ¿Y el ciego? Ana se había deslizado hacia una bondad extremadamente dolorosa.

Ella había calmado tan bien a la vida, había cuidado tanto que no explotara. Mantenía todo en serena comprensión, separaba una persona de las otras, las ropas estaban claramente hechas para ser usadas y se podía elegir por el diario la película de la noche, todo hecho de tal modo que un día sucediera al otro. Y un ciego masticando chicle lo había destrozado todo. A través de la piedad a Ana se le aparecía una vida llena de náusea dulce, hasta la boca.

Solamente entonces percibió que hacía mucho que había pasado la parada para descender. En la debilidad en que estaba, todo la alcanzaba con un susto; descendió del tranvía con piernas débiles, miró a su alrededor, asegurando la bolsa de malla

sucia de huevo. Por un momento no consiguió orientarse. Le parecía haber descendido en medio de la noche.

Era una calle larga, con altos muros amarillos. Su corazón latía con miedo, ella buscaba inútilmente reconocer los alrededores, mientras la vida que había descubierto continuaba latiendo y un viento más tibio y más misterioso le rodeaba el rostro. Se quedó parada mirando el muro. Al fin pudo ubicarse. Caminando un poco más a lo largo de la tapia, cruzó los portones del Jardín Botánico.

Caminaba pesadamente por la alameda central, entre los cocoteros. No había nadie en el Jardín. Dejó los paquetes en el suelo, se sentó en un banco de un atajo y allí se quedó por algún tiempo.

La vastedad parecía calmarla, el silencio regulaba su respiración. Ella se adormecía dentro de sí.

De lejos se veía la hilera de árboles donde la tarde era clara y redonda. Pero la penumbra de las ramas cubría el atajo.

A su alrededor se escuchaban ruidos serenos, olor a árboles, pequeñas sorpresas entre los "*cipós". Todo el Jardín era triturado por los instantes ya más apresurados de la tarde. ¿De dónde venía el medio sueño por el cual estaba rodeada? Como por un zumbar de abejas y de aves. Todo era extraño, demasiado suave, demasiado grande. Un movimiento leve e íntimo la sobresaltó: se volvió rápida. Nada parecía haberse movido. Pero en la alameda central estaba inmóvil un poderoso gato. Su pelaje era suave. En una nueva marcha silenciosa, desapareció.

Inquieta, miró en torno. Las ramas se balanceaban, las sombras vacilaban sobre el suelo. Un gorrion escarbaba en la tierra. Y de repente, con malestar, le pareció haber caído en una emboscada. En el Jardín se hacía un trabajo secreto del cual ella comenzaba a apercibirse.

En los árboles las frutas eran negras, dulces como la miel. En el suelo había *carozos llenos de orificios, como pequeños cerebros podridos. El banco estaba manchado de jugos violetas. Con suavidad intensa las aguas rumoreaban. En el tronco del árbol se pegaban las lujosas patas de una araña. La crudeza del mundo era tranquila. El asesinato era profundo. Y la muerte no era aquello que pensábamos.

Al mismo tiempo que imaginario, era un mundo para comerlo con los dientes, un mundo de grandes dalias y tulipanes. Los troncos eran recorridos por parásitos con hojas, y el abrazo era suave, apretado. Como el rechazo que precedía a una entrega, era fascinante, la mujer sentía asco, y a la vez era fascinada.

Los árboles estaban cargados, el mundo era tan rico que se pudría. Cuando Ana pensó que había niños y hombres grandes con hambre, la náusea le subió a la garganta, como si ella estuviera grávida y abandonada. La moral del Jardín era

otra. Ahora que el ciego la había guiado hasta él, se estremecía en los primeros pasos de un mundo brillante, sombrío, donde las victorias-regias flotaban, monstruosas. Las pequeñas flores esparcidas sobre el césped no le parecían amarillas o rosadas, sino del color de un mal oro y escarlatas. La descomposición era profunda, perfumada... Pero todas las pesadas cosas eran vistas por ella con la cabeza rodeada de un enjambre de insectos, enviados por la vida más delicada del mundo. La brisa se insinuaba entre las flores. Ana, más adivinaba que sentía su olor dulzón... El Jardín era tan bonito que ella tuvo miedo del Infierno.

Ahora era casi noche y todo parecía lleno, pesado, un esquilo* pareció volar con la sombra. Bajo los pies la tierra estaba fofa, Ana la aspiraba con delicia. Era fascinante, y ella se sentía mareada.

Pero cuando recordó a los niños, frente a los cuales se había vuelto culpable, se irguió con una exclamación de dolor. Tomó el paquete, avanzó por el atajo oscuro y alcanzó la alameda. Casi corría, y veía el Jardín en torno de ella, con su soberbia impersonalidad. Sacudió los portones cerrados, los sacudía apretando la madera áspera. El cuidador apareció asustado por no haberla visto.

Hasta que no llegó a la puerta del edificio, había parecido estar al borde del desastre. Corrió con la bolsa hasta el ascensor, su alma golpeaba en el pecho: ¿qué sucedía? La piedad por el ciego era muy violenta, como una ansiedad, pero el mundo le parecía suyo, sucio, perecedero, suyo. Abrió la puerta de la casa. La sala era grande, cuadrada, los picaportes brillaban limpios, los vidrios de las ventanas brillaban, la lámpara brillaba: ¿qué nueva tierra era ésa? Y por un instante la vida sana que hasta entonces llevara le pareció una manera moralmente loca de vivir. El niño que se acercó corriendo era un ser de piernas largas y rostro igual al suyo, que corría y la abrazaba. Lo apretó con fuerza, con espanto. Se protegía trémula. Porque la vida era peligrosa. Ella amaba el mundo, amaba cuanto había sido creado, amaba con repugnancia. Del mismo modo en que siempre había sido fascinada por las ostras, con aquel vago sentimiento de asco que la proximidad de la verdad le provocaba, avisándola. Abrazó al hijo casi hasta el punto de estrujarlo. Como si supiera de un mal -¿el ciego o el hermoso Jardín Botánico?- se prendía a él, a quien quería por encima de todo. Había sido alcanzada por el demonio de la fe. La vida es horrible, dijo muy bajo, hambrienta. ¿Qué haría en caso de seguir el llamado del ciego? Iría sola... Había lugares pobres y ricos que necesitaban de ella. Ella precisaba de ellos...

-Tengo miedo -dijo. Sentía las costillas delicadas de la criatura entre los brazos, escuchó su llanto asustado.

-Mamá -exclamó el niño. Lo alejó de sí, miró aquel rostro, su corazón se crispó.

-No dejes que mamá te olvide -le dijo.

El niño, apenas sintió que el abrazo se aflojaba, escapó y corrió hasta la puerta de la habitación, de donde la miró más seguro. Era la peor mirada que jamás había recibido. La sangre le subió al rostro, afiebrándolo.

Se dejó caer en una silla, con los dedos todavía presos en la bolsa de malla. ¿De qué tenía vergüenza?

No había cómo huir. Los días que ella había forjado se habían roto en la costra y el agua se escapaba. Estaba delante de la ostra. Y no sabía cómo mirarla. ¿De qué tenía vergüenza? Porque ya no se trataba de piedad, no era solamente piedad: su corazón se había llenado con el peor deseo de vivir.

Ya no sabía si estaba del otro lado del ciego o de las espesas plantas. El hombre poco a poco se había distanciado, y torturada, ella parecía haber pasado para el lado de los que le habían herido los ojos. El Jardín Botánico, tranquilo y alto, la revelaba. Con horror descubría que ella pertenecía a la parte fuerte del mundo -¿y qué nombre se debería dar a su misericordia violenta? Sería obligada a besar al leproso, pues nunca sería solamente su hermana. Un ciego me llevó hasta lo peor de mí misma, pensó asustada. Sentíase expulsada porque ningún pobre bebería agua en sus manos ardientes. ¡Ah!, ¡era más fácil ser un santo que una persona! Por Dios, ¿no había sido verdadera la piedad que sondeara en su corazón las aguas más profundas? Pero era una piedad de león.

Humillada, sabía que el ciego preferiría un amor más pobre. Y, estremeciéndose, también sabía por qué. La vida del Jardín Botánico la llamaba como el lobo es llamado por la luna. ¡Oh, pero ella amaba al ciego!, pensó con los ojos humedecidos. Sin embargo, no era con ese sentimiento con el que se va a la iglesia. Estoy con miedo, se dijo, sola en la sala. Se levantó y fue a la cocina para ayudar a la sirvienta a preparar la cena.

Pero la vida la estremecía, como un frío. Oía la campana de la escuela, lejana y constante. El pequeño horror del polvo ligando en hilos la parte inferior del fogón, donde descubrió la pequeña araña. Llevando el florero para cambiar el agua -estaba el horror de la flor entregándose lánguida y asquerosa a sus manos. El mismo trabajo secreto se hacía allí en la cocina. Cerca de la lata de basura, aplastó con el pie a una hormiga. El pequeño asesinato de la hormiga. El pequeño cuerpo temblaba. Las gotas de agua caían en el agua inmóvil de la pileta. Los abejorros de verano. El horror de los abejorros inexpresivos. Horror, horror. Caminaba de un lado para otro en la cocina, cortando los bifés, batiendo la crema. En torno a su cabeza, en una ronda, en torno de la luz, los mosquitos de una noche cálida. Una noche en que la piedad era tan cruda como el mal amor. Entre los dos senos corría el sudor. La fe se quebrantaba, el calor del horno ardía en sus ojos.

Después vino el marido, vinieron los hermanos y sus mujeres, vinieron los hijos de los hermanos.

Comieron con las ventanas todas abiertas, en el noveno piso. Un avión estremecía, amenazando en el calor del cielo. A pesar de haber usado pocos huevos, la comida estaba buena. También sus chicos se quedaron despiertos, jugando en la alfombra con los otros. Era verano, sería inútil obligarlos a ir a dormir. Ana estaba un poco pálida y reía suavemente con los otros.

Finalmente, después de la comida, la primera brisa más fresca entró por las ventanas. Ellos rodeaban la mesa, ellos, la familia. Cansados del día, felices al no disentir, bien dispuestos a no ver defectos. Se reían de todo, con el corazón bondadoso y humano. Los chicos crecían admirablemente alrededor de ellos. Y como a una mariposa, Ana sujetó el instante entre los dedos antes que desapareciera para siempre.

Después, cuando todos se fueron y los chicos estaban acostados, ella era una mujer inerte que miraba por la ventana. La ciudad estaba adormecida y caliente. Y lo que el ciego había desencadenado, ¿cabría en sus días? ¿Cuántos años le llevaría envejecer de nuevo? Cualquier movimiento de ella, y pisaría a uno de los chicos. Pero con una maldad de amante, parecía aceptar que de la flor saliera el mosquito, que las victorias-regias flotasen en la oscuridad del lago. El ciego pendía entre los frutos del Jardín Botánico.

¡Si ella fuera un abejorro del fogón, el fuego ya habría abrasado toda la casa!, pensó corriendo hacia la cocina y tropezando con su marido frente al café derramado.

-¿Qué fue? -gritó vibrando toda.

Él se asustó por el miedo de la mujer. Y de repente rió, entendiendo:

-No fue nada -dijo-, soy un descuidado -parecía cansado, con ojeras.

Pero ante el extraño rostro de Ana, la observó con mayor atención. Después la atrajo hacia sí, en rápida caricia.

-¡No quiero que te suceda nada, nunca! -dijo ella.

-Deja que por lo menos me suceda que el fogón explote -respondió él sonriendo.

Ella continuó sin fuerzas en sus brazos.

Ese día, en la tarde, algo tranquilo había estallado, y en toda la casa había un clima humorístico, triste.

-Es hora de dormir -dijo él-, es tarde.

En un gesto que no era de él, pero que le pareció natural, tomó la mano de la mujer, llevándola consigo sin mirar para atrás, alejándola del peligro de vivir. Había terminado el vértigo de la bondad.

Había atravesado el amor y su infierno; ahora peinábase delante del espejo, por un momento sin ningún mundo en el corazón. Antes de acostarse, como si apagara una vela, sopló la pequeña llama del día.

Biografía: [http://es.wikipedia.org/wiki/Clarice Lispector](http://es.wikipedia.org/wiki/Clarice_Lispector)

Libro de relatos: Laços de familia
(*“Lazos de familia o Lazos familiares”*)

*Cipós: Enredaderas

* Carozos: Parte dura y leñosa de algunas frutas carnosas, como la cereza, la aceituna o el durazno, en la que está contenida la simiente.

* Esquilo: Pequeño mamífero roedor.



Mabel Gondín y Stella Maris Orosco

“Pluma y Tintero” n.º 74 – Especial Foro Femenino Latinoamericano

Homenaje virtual a Alfonsina Storni

https://castilloescobarjuana.files.wordpress.com/2021/11/revista-literaria-pluma-y-tintero-no-74_especial-foro-femenino-latinoamericano_homenaje-virtual-a-alfonsina-storni_noviembre-2021_protegido.pdf

La obra de Clarice Lispector ha sido examinada, observada, escudriñada y puesta bajo las lentes de microscopios muy diversos: el del feminismo, el de varias escuelas filosóficas: el jasidismo y el existencialismo, por ejemplo. Hubo quien la declaró heredera de Kafka; otros apuntaron a la influencia de Spinoza en su trabajo; el crítico Álvaro Lins relacionó su obra con las de Joyce, Proust y Virginia Woolf – algo que no le gustó demasiado a Lispector; Julia Kristeva estableció un paralelo entre la autora brasileña y Marguerite Duras y hubo quien vio un nexo de unión entre Lispector y Baudelaire. La acumulación de parecidos, comparaciones y definiciones de su obra como “no estilo”, “libros de difícil clasificación”, “literatura femenina”, “metaliteratura” y términos como “psicología” y “subjetividad” nos llevan a concluir que los escritos de Lispector son todo menos convencionales. Sin negar todo lo demás, creo que fue Fernando Pessoa, hablando de su heterónimo Álvaro Campos, quien mejor definió, sin saberlo, la obra de Lispector: “es un ovillo enrollado hacia dentro”

Desde luego, y aunque a ella le desagradara la comparación de Lins, – es sorprendente que le molestara verse en compañía de dos de las figuras más innovadoras, rompedoras y cultas del siglo XX –y negara haber leído a ambos autores, las epifanías de Joyce y las técnicas del fluir del pensamiento y la narración no linear de Virginia Woolf están ahí, en su obra y, más concretamente, en Amor. Pero, lo que más me ha sorprendido son afirmaciones de la autora francamente chocantes que creo que apuntan en una dirección muy clara y bastante alejada de mucha de la palabrería que se ha utilizado para definir sus escritos.

“Para escribir me despojo antes de las palabras” En la misma obra afirma: “Soy un escritor que tiene miedo de la celada de las palabras” y añade: “Yo quisiera escribir un libro, pero ¿dónde están las palabras? Se han agotado los significados” (Un soplo de vida.1978) “Hay muchas cosas para decir que no sé cómo decir. Me faltan las palabras. Pero me niego a inventar otras nuevas (Agua viva 1973)” Y una muy significativa que podría resumir todo lo dicho: “Hace falta valor para hacer lo que voy a hacer; decir. Y arriesgarme a la enorme sorpresa que sentiré con la pobreza de la cosa dicha. (La pasión según G.H. 1964)

“Decir” parece ser el acto supremo para Lispector. Lo que me lleva a reflexionar en la importancia que la palabra tenía para ella. Sabemos que la autora fue educada por su padre en el judaísmo, la religión que otorga a la palabra dicha el valor de crear. Sabemos que conoció la Biblia, la Cábala y el Talmud, tres libros que hablan del carácter sagrado de la palabra. En el Evangelio según San Juan, leemos; “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios” Y es el Verbo el que pone en movimiento el mundo, pues si Dios hubiera permanecido mudo, el universo seguiría siendo una masa amorfa, oscura y sin vida aparente. Es, precisamente, la palabra la que ordena “hágase la luz” y continúa dando las órdenes necesarias, o sea, haciendo uso de las palabras, no para bautizar lo que iba surgiendo – ese trabajo Dios se lo dejó a Adán – sino para crear, para que el mundo liberara toda su energía y adquiriera su forma actual.

Por otra parte, Lispector se enfrenta a una realidad innegable. Las palabras no siempre son tan obedientes como quisiéramos y nos dejan en la estacada. Ella es un buen ejemplo. La Biblia nos recuerda: “Según su nombre, así es él” (Samuel I, 25:25) Para la recién nacida autora, sus padres eligen un nombre, Haia, que significa vida, con la esperanza de que esa niña con ese nombre tan prometedor sea capaz de curar la sífilis de su madre, víctima de una violación. Esa curación no se produce. ¿Por eso le cambiaron el nombre? Esa es la primera lección que Lispector aprende y que parece obsesionarla durante el resto de su vida. Las palabras nos fallan; de entrada, no tienen la capacidad sanadora que sus padres esperaban y la enfermedad de la madre sigue su curso, implacable. Y, cuando comienza a escribir, comprueba que esas mismas palabras son unos espejos que no pueden más que aproximarse a la realidad que quiere plasmar. No son el instrumento perfecto para una autora que intenta reflejar mucho más de lo que se ve en la superficie. “Pues el mundo no está en la superficie, está oculto en sus raíces sumergidas en las profundidades del mar.” (Un soplo de vida, 1977) De

ahí, que para contarnos lo que Ana siente, piensa o intuye, tenga que recurrir a una serie de artificios literarios que, a veces, están tan enredados como los sentimientos de la ¿protagonista?, ¿la autora?

Eso nos obliga a leer su obra digamos que, con la mosca detrás de la oreja. Por ejemplo, ¿podemos tomar al pie de la letra lo que estamos leyendo? ¿Podemos fiarnos de los significados que, aparentemente, tienen las palabras utilizadas? ¿Coincidiremos con la autora en algún momento? Empecemos por el principio. ¿A qué amor se refiere el título del relato? ¿Al que siente por un ciego al que acaba de ver en la calle? ¿El que se supone que debe sentir por sus hijos, su marido o sus hermanos? O, tal vez, Ana piensa lo mismo que la protagonista de La pasión según G.H.: “El horror soy yo frente a las cosas. ¿Será amor entonces, lo que vi? Este horror ¿será amor? (La pasión según G.H. 1964)

A medida que avanza la lectura, la cosa se complica y cada vez es más difícil interpretar qué quiso decir la autora. Porque Lispector rompe las costuras de las palabras que ya existen y las une de forma totalmente inesperada y chocante: “un mundo brillante, sombrío”; “la descomposición era profunda, perfumada”, “la

mujer sentía asco y estaba a la vez, fascinada” o “en el Jardín, Ana siente hambre, náusea, asco y fascinación” Otras establece unas comparaciones extrañas entre un ser humano y un animal “erizada de desconfianza”. Se sorprende cuando comprueba que “junto a ella había una señora de azul ¿con un rostro!” y “una gran aceptación dio a su rostro un aire de mujer” Y ¿qué decir de sensaciones tan fisiológicamente imposibles como “el corazón le latía con violencia, espaciadamente” o “su alma golpeaba en el pecho”?



Es evidente que Lispector no mimetiza la realidad que la rodea. La presenta de la misma forma en que la pinta. Explosao (1975) y Luta Sangrenta pela Paz (1975) son dos de sus cuadros que parecen exigir del que los mira el mismo esfuerzo interpretativo que el que los lectores deben llevar a cabo. Nos está exigiendo que leamos su obra como lo hacen los estudiosos del Talmud o la Cábala: olvidando interpretaciones anteriores y

preguntándonos ¿y esto, por qué? y encontrando nuestras propias respuestas.

La sintaxis distorsionada, el uso de un autor omnisciente, los saltos en la linealidad del relato, repeticiones, esos episodios en los que la comunicación se limita a describir expresiones faciales, posturas –como cuando va recostada en el tranvía y, al ver al ciego, se inclina hacia delante –, las epifanías y el abandono de la acción exterior para centrarse en momentos muy concretos que, a veces, es difícil saber si han sucedido en el pasado o en el presente, son fórmulas que la autora utiliza para contarnos un puñado de horas en la vida de una mujer. Y yo sigo haciéndome la misma pregunta. ¿De qué amor habla Clarice Lispector cuando habla de amor?

Vídeos en Facebook - Enlace del evento:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Conversación (vídeos y textos) - Enlace:

Domínguez Soto, Esther

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com.es/2017/10/esther-dominguez-soto-santiago-de.html>



WASHINGTON DANIEL GOROSITO PÉREZ - (México) - Documento Word y vídeo

Cansada, de compras, Ana se sube al tranvía...sus hijos eran buenos. Fuerte calor, el departamento se va pagando poco a poco. Todo crece, plática con el cobrador de luz, agua- pileta, los hijos, mesa con compras, el marido, canto de las sirvientas.

A cierta hora de la tarde, los árboles que plantó se reían de ella. Todo podría ser perfeccionismo, la vida podrá ser hecha por la mano del hombre... Su esposo era un hombre de verdad, como sus hijos.

Su rutina, un día en el tranvía observa a un hombre en la parada, era un ciego. El hombre ciego masticaba chicle. El tranvía arrancó súbitamente, el empujón la tiró hacia atrás, se cayeron las compras y se rompieron los huevos.

Y...un ciego masticando chicle lo había destrozado todo. Descendió con las piernas débiles, no se supo orientar. Caminó, cruzó los portones del Jardín Botánico. Se sentó, en el jardín parecía haber un trabajo secreto.

Ahora que el ciego la había guiado hasta ahí se estremecía. El jardín era tan bonito que ella tuvo miedo del infierno; el Edén Botánico. Corrió, llegó a la puerta del edificio. Le pareció estar al borde del derrumbe.

Abrazó al hijo casi hasta el punto de estrujarlo. La vida es horrible dijo muy bajito, hambrienta. Un ciego me llevó hasta lo peor de mí misma pensó asustada.

Familia, esposo, hermanos comida. Miraba por la ventana. El ciego pendía entre las frutas del Jardín Botánico. Hora de dormir dijo el esposo. La tomó de la mano, alejándola del peligro de vivir.

Había terminado el vértigo de la bondad. Había atravesado el amor y el infierno. Se peinaba delante del espejo sin ningún mundo en el corazón antes de acostarse, como si apagara una vela, sopló la pequeña llama del día.

Había descubierto metafóricamente otro mundo, que va más allá de sus roles de tradicional madre y esposa. Se presenta o cuestiona internamente al regresar al hogar, la realización de sus actividades, labores o tareas como mecánicamente.

Sin lugar a dudas, Ana se identifica plenamente con su espacio, la casa y la permeabilidad del amor, se presenta una ampliación de la fraternidad (el ciego); implica acercarse y apoyar al desvalido. Esto amplía el concepto que Ana tiene del amor.

Razón por la que se presentará una reacción de temor, náusea y sorpresa.

Intuyo que una escena clave es la contemplativa con el cielo, Ana tiene una especie de “epifanía” (manifestación - darse a conocer) y se presentará en la protagonista un nivel de desconcierto y cierto desequilibrio emocional, un tembladeral y cuestionar interior. El existencialismo de Jean Paul Sartre se hace presente, ante la sensación de repulsión súbita ante los acontecimientos del diario vivir.



El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

https://youtu.be/yqS_1NIgl10

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Gorosito Pérez, Washington Daniel

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2011/04/washington-daniel-gorosito-perez.html>

Ana es un ama de casa: sigue la corriente de una vida doméstica. Cuando llega la tarde, al finalizar los quehaceres, siente que, con la casa vacía, se esfuma perturbadoramente su propósito vital. Al ver todo limpio y en orden, se refugia en salir a hacer compras. Necesita una seguridad para vivir y ha conseguido eso en un hogar. Sus deseos de juventud han quedado atrás y ahora le resultan extraños, ajenos. Pasa sus días en la limpieza de muebles, costuras, la cocina, la confección de ropas para sus hijos. Hasta que una tarde, regresando con sus mandados, siente que el tranvía vacila sobre el pavimento. En una parada observa a un hombre ciego que masca chicle, con los brazos extendidos, los ojos bien abiertos. Ana queda sorprendida y presa de una extraña sensación. El tranvía frena de golpe y sus compras caen al suelo. “El mal ya estaba hecho”, dice la escritora. Ante esta persona necesitada, el espanto se apodera de Ana, que siente que su mundo cotidiano se desmorona. Sufrir un sofocamiento de piedad. La imagen la conmueve tanto que, desorientada, se pasa varias paradas de su destino. Baja en el Jardín Botánico, con miedo, creyendo estar en medio de la noche. Entre las grandes plantaciones y la fauna silenciosa del jardín percibe la tierra fofa bajo sus pies. Lentamente es poseída por la calma y la delicia del ambiente. Transita un momento de crisis que, por unos instantes, le recuerda que en su vida no había sido falta ser feliz para vivir. De pronto, al recordar a sus hijos, siente culpa, porque se ha alejado de sus deberes cotidianos. Se yergue con dolor, toma el paquete con las compras y avanza, corriendo, por un atajo hasta alcanzar la alameda. Le parece estar al borde de un desastre. Recuerda la piedad que le había generado el ciego. Desencajada, entra a su casa, abraza a su hijo, miedosa, estrujándolo con una fuerza que asusta. Se dirige a la cocina a ayudar a la “sirvienta” en las preparaciones, camina de un lado a otro, aplasta una hormiga y siente el temblor bajo su pie. La cena transcurre con tranquilidad, ella sonrío, como ajena y distante. Cuando los invitados se van, y sus hijos se retiran a dormir, Ana mira por la ventana: piensa si cabría en sus días lo que el ciego desencadenó, un despertar de sensaciones no imaginadas, silenciadas. En el pasillo hacia la cocina tropieza con su marido. Derrama sin querer el café que traía en la mano. Él nota el miedo de Ana y la atrae hacia sí con una inusual y rápida caricia que la aleja del peligro de vivir. A lo largo de esta historia, Ana atraviesa el amor y su infierno. Quizás le sea difícil olvidar la imagen del ciego y sus sensaciones. Quizás no pueda abandonar la sensación de opresión de todas sus jornadas. Quizás pueda persistir en la costumbre de vivir sin felicidad. Quizás pueda seguir adelante con la tristeza de la casa vacía en las horas de la tarde. Antes de acostarse, en el silencio de la noche, se peina frente al espejo y sopla “la pequeña llama del día”.



Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion



Relato no demasiado largo, de diez páginas, en el que el narrador (narradora en este caso), en tercera persona nos cuenta la historia de Ana, la protagonista.

A pesar de tratarse de un narrador en tercera persona, esta voz narrativa lo que hace es canalizar, a su vez, la voz de la autora quien, más que contarnos la historia de Ana, una mujer casada, adulta, madre de dos hijos, quizá ya cercana a la cuarentena, lo que hace es transcribir los pensamientos de Clarice, es más, su propia vida. **Es un fluir de conciencia** en el que se entremezclan sensaciones, sentimientos recuerdos y deseos.

A la hora de mostrarnos al personaje femenino, Ana (la única que tiene nombre, la única importante en todo el relato, los demás son los actores secundarios de esta historia), la autora no la describe, sólo dice de ella que *“Ana prestaba a todo, tranquilamente, su **mano pequeña y fuerte**, su corriente de vida. Cierta hora de la tarde era la más peligrosa. A cierta hora de la tarde los árboles que ella había plantado se reían de ella. Cuando ya no precisaba más de su fuerza, se inquietaba. Sin embargo, **se sentía más sólida que nunca, su cuerpo había engrosado un poco...**”*, con estos dos ínfimos detalles podemos imaginar a una mujer de mediana edad, no muy grande de estatura y algo gruesa. Lo que describe la autora es una “mujer-madre-ama-de-casa-esposa” tradicional y universal, la que todo el mundo conoce y, por tanto, no es preciso hacer una descripción detallada.

Los demás personajes, como pongo más arriba, son “extras”, seres que rodean a Ana, que no están ni siquiera descritos (salvo un poco el ciego, los hijos y el marido). Todos ellos son necesarios para que se vea el “crecimiento”, el “choque” de Ana con la vida: la real y la que ella se ha “inventado” en su hogar, sus vaivenes, sus miedos pero, alguno de ellos bien podría no estar.

La protagonista piensa que *“... la vida podría ser hecha por la mano del hombre”*, una utopía que ella imagina para no “ver” todo el mundo que la rodea, para no sentirlo, porque ella se ha “creado” una vida a su medida.

Dice la autora: **“Por caminos torcidos había venido a caer en un destino de mujer, con la sorpresa de caber en él como si ella lo hubiera inventado. El hombre con el que se había casado era un hombre de verdad, los hijos que habían tenido eran hijos de verdad. Su juventud anterior le parecía tan extraña como una enfermedad de vida. Había surgido de ella muy pronto para descubrir que también sin la felicidad se vivía: aboliéndola, había encontrado una legión de personas, antes invisibles, que vivían como quien trabaja con persistencia, continuidad, alegría. Lo que le había sucedido a Ana antes de tener su hogar ya estaba para siempre fuera de su alcance: era una exaltación perturbada a la que tantas veces había confundido con una insostenible felicidad. A cambio de eso, había creado algo al fin comprensible, una vida de adulto. Así lo había querido ella y así lo había escogido. Su precaución se reducía a cuidarse en la hora peligrosa de la tarde, cuando la casa estaba vacía y sin necesitar ya de ella, el sol alto, y cada miembro de la familia distribuido en sus ocupaciones”**. Ana se ha *“fabricado un destino de mujer”*, es decir, lavar, tejer, preparar la comida, llevar una casa, hacer las compras, tener hijos, cuidar de los niños, del marido y amoldarse a todo ello renunciando a su vida anterior, a su juventud, a la felicidad, **al amor físico y sensual...**

La vida y el mundo de Ana están encapsulados, como el huevo, en esa fina cáscara en la que se mueve, en unos momentos se trata del tranvía, en otros su casa...

Desde el tranvía va a ras de suelo, sobre unos raíles que le llevan a un destino predeterminado, pero, en un momento no previsto, mira a través de la ventanilla el mundo, ese mundo al que ha renunciado, y esa cáscara en la que se esconde, se resquebraja, se rompe frente ella ante la visión de un hombre ciego que masca chicle. El tranvía, en esta ocasión, le ha llevado hacia otra vida, hacia otra concepción de la vida y del mundo, cuando mira al ciego, con curiosidad, **“como se mira lo que no nos ve”** es el desencadenante de esa vuelta hacia atrás, hacia esa juventud alegre, feliz, sin responsabilidades, aún no olvidada, pero sí apartada de forma voluntaria al haber sido cambiada por un mundo de adulta. El ciego le *“devuelve la vista”*.

Ese ciego que sonrío sin sonreír, porque masca chicle, le trae a la memoria antiguos anhelos y deseos, los que ella teme en esa hora incierta de la tarde, cuando se queda sola. Y el autobús arranca y sus compras se caen y

desparraman por los suelos y con ellas su mundo casero, feliz. Al romperse los huevos, metáfora de vida abortada, de un mundo pleno de vida y sabor que, al quebrarse, ese mundo-huevo-aborto se transforma en algo asqueroso; con su viscosidad se hace inmundito y, al poco, las yemas se convierten en algo pegajoso y amarillo que ensucian la bolsa de malla, nueva, impoluta hasta entonces que deja de serlo para convertirse en algo áspero y no íntimo como cuando lo tejía. La bolsa, también metáfora de su mundo limpio, casero e impoluto.

Por eso ella se siente a salvo en su casa, en su noveno piso, desde el que ve el cielo y sólo se cuele la brisa a través de las ventanas.

Cuando no le queda más remedio que abandonar el tranvía, en una parada que no es la suya, llega al Jardín botánico donde entra para descansar, para hacer algo inusual, allí observa toda la vida, toda la belleza que bulle en él. Un belleza y una vida que, a su vez, conllevan todo un mundo microscópico, y no tanto, que hace su labor de zapa, con sus miserias que casi nos pasan desapercibidas: la belleza de una flor, junto con el olor nauseabundo de otra que agoniza; el tronco del árbol lleno de vida, “atacado” por los parásitos que se alimentan de él... **“Inquieta, miró en torno. Las ramas se balanceaban, las sombras vacilaban sobre el suelo. Un gorrión escarbaba en la tierra. Y de repente, con malestar, le pareció haber caído en una emboscada. En el Jardín se hacía un trabajo secreto del cual ella comenzaba a apercibirse”.**

Y este mundo, al regresar a su hogar, se da cuenta de que se repite en su casa: **“El pequeño horror del polvo ligando en hilos la parte inferior del fogón, donde descubrió la pequeña araña. Llevando el florero para cambiar el agua -estaba el horror de la flor entregándose lánguida y asquerosa a sus manos. El mismo trabajo secreto se hacía allí en la cocina. Cerca de la lata de basura, aplastó con el pie a una hormiga. El pequeño asesinato de la hormiga. El pequeño cuerpo temblaba. Las gotas de agua caían en el agua inmóvil de la pileta. Los abejorros de verano. El horror de los abejorros inexpresivos”.**



El ciego le trajo recuerdos de ese amor “carnal, joven”, con todo lo bello que conlleva y, también lo sucio, lo viscoso (intuyo que, sin nombrarlo, alude al sexo: la ostra, p. ej., no le gusta pero se la come, toda la belleza del jardín botánico conviviendo con lo feo, su bolsa de la compra impoluta reconvertida en algo asqueroso).

En cuanto a los diálogos, son escasos, los pocos que hay se encuentran al final del texto. Uno entre la protagonista y su hijo, a quien asusta con su cambio, porque el chico lo percibe; otro entre Ana y el marido a quien ni se describe ni se le, casi, “escucha”.

Se trata de un relato muy metafórico, simbolista incluso.

Mi teoría del huevo:

- 1 – Fuente de nueva vida.
- 2 - Aborto de gallina, capaz de alimentar a los humanos y continuidad de la especie.
- 3 – De manera simbólica: mundo que guarda una vida en su interior.
- 4.- Roto: aborto-muerte-mundo destruido: algo viscoso que repele, como la muerte.
- 5.- Y esto me lleva (o me trae a la memoria) el cuadro de Salvador Dalí titulado: **“Niño geopolítico observando el nacimiento del hombre nuevo”.**

Sin buscarlo, es interesante seguir el hilo que une a tres de los relatos comentados en el Ateneo:

- El balcón, de Felisberto Hernández.
- El rayo de Luna, de Gustavo Adolfo Bécquer.
- Amor, de Clarice Lispector.

Con seguridad ninguno de estos tres autores se conoció. Clarice Lispector, tal vez, tuvo noticia de los dos primeros ya que es la más moderna de los tres, pero es curioso que en ellos se den imágenes similares, o fobias, o gustos, como quiera que sea que ellos lo vieran y que los añaden en sus obras. En los relatos hay que señalar:

- La presencia de una araña negra. ¿Como animal premonitorio, de mal agüero?

* En, El balcón

* En, Amor

- Presencia de los gatos:

* En El balcón, el autor compara al silencio como *un gato de gran cola negra*,

* En Amor, “... *un poderoso gato. Su pelaje era suave*”

- Presencia de la luna en Amor; y, en El rayo de luna es, sin lugar a dudas, la protagonista; en El balcón se hace mención a “la noche”, no a la luna en particular.

- Presencia del mundo vegetal:

* En El balcón, pequeño jardín con fuente y árboles.

* En El rayo de luna, el camino arbolado a las orillas del Duero

* En Amor, el Jardín botánico.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

https://youtu.be/8khM_TeyxHo

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Juana Castillo Escobar

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2010/08/castillo-escobar-juana-madrid-espana.html>



Mabel Gondín

RESUMEN: Este cuento está escrito en tercera persona. Narra como una ama de casa, cuyo nombre es Ana, vive una vida ordenada, doméstica. Está casada, tiene hijos. Un día que va de compras, sube al tranvía y ve por la ventanilla un ciego, mascando chicle en la calle, siente compasión por ese hombre, ve en él un mendigo, al que quisiera ayudar. Lo ve desvalido. Pero al mismo tiempo, como él no la ve, se anima, en su interior, a salir de su mundo cerrado que solo contiene su hogar y su familia. Ana, sale por unas horas de la quietud de su vida programada como ama de casa y al sentir amor por un ciego, al mismo tiempo siente repulsión propia del existencialismo (Sartre) que influencia a Lispector. Esta corriente filosófica dice: “que es fundamental la existencia humana y que es más importante la vivencia subjetiva que la objetiva, el ser humano tiene que tener una integridad libre por sí misma”. La protagonista siente que puede ampliar su amor y compasión más allá de su familia. Las náuseas que siente hacia el personaje del ciego, es su gran temor, vacila, siente inseguridades, se pregunta ¿qué le puede pasar?, también siente que el ciego le devuelve la posibilidad de “volver a ver” todo aquello que se negó por aceptar una vida tan cerrada, donde solo actúan su familia, su casa, sus tareas domésticas. Ella siente que la hora peligrosa del día es la tarde, cuando el sol está alto, cuando todos están en sus ocupaciones y a ella nadie la necesita. Allí siente el temor de lo inexplicable. Siente compasión por el ciego que se transforma en amor, circunstancia que a ella le nubla la mente porque no sabe que hacer con esos sentimientos nuevos, que jamás había experimentado, y siente temor por ella, por la movilización que sufre su interior.

SOBRE LA AUTORA: Clarice Lispector (Tchetchelnik, Ucrania, 1920-Río de Janeiro, 1977) representó a la intelectualidad brasileña, cuando publicó en 1944 su primer libro, teniendo una buena crítica, se llamó *Cerca del corazón salvaje*, en el que desarrolla el tema del despertar de una adolescente. Por ese libro recibió el premio de la Fundación Graça Aranha en 1945. Se la consideró una joven promesa de tan sólo 19 años. Se convirtió en una de las más singulares representantes de las letras brasileñas. Siguió dando renovación al título recibido con sus obras: *La hora de la estrella*, *Aprendizaje* o el libro de los placeres o su obra póstuma *Un soplo de vida*, todos ellos publicados en la editorial Siruela.

Comentarios de Ana Navone: Este relato, *AMOR*, ilustra el universo de una mujer en su espacio femenino, que no solo es la casa, la familia, sino el pasaje del amor, ampliándolo en el sentimiento fraterno, un deseo de acercarse al otro y socorrer al desvalido. La vida programada nos muestra una incapacidad de Ana de retornar al curso normal de sus tareas, pero queda ella marcada por una sensación nueva. Se amplía su concepto de Amor y reacciona con temor, sorpresa y náuseas.

Asimismo podemos decir que este relato, nos muestra lo que nos pasa a todos cuando nos cuestionamos si estamos haciendo la vida que deseamos o sentimos, y comenzamos a buscar otras posibilidades, a veces con coraje para un cambio, y a veces nos gana el temor y la incertidumbre hacia lo desconocido.

En este cuento, sin muchas líneas, con pocos personajes, el más importante Ana, con el cual nos muestra el mensaje que desea la autora, imprimir a los lectores: o nos quedamos cerrados en nuestro mundo seguro y doméstico, o salimos al afuera, a la búsqueda de otras vivencias para explorar y madurar en diversas facetas que la vida nos ofrece.

Pienso que ese es el significado, el mensaje de la autora para movilizar nuestro interior y luchar por lo que sentimos que podemos y deseamos cambiar. Siempre tenemos que tener presente que no es bueno que se nos vaya la vida sin haber intentado los sueños que surgen a nuestro paso. No importa si se cumplen, sí nuestra actitud de empeño y coraje, para “intentar” lograrlo. Ana prefirió el refugio en su marido, cuando dice el



narrador: “alejándose de todo peligro de vivir” que le daba toda la seguridad y tranquilidad que ella necesitaba porque no se animaba a lo nuevo, a lo desconocido. Debo aclarar que este relato de Clarice Lispector tiene una riqueza literaria brillante, en metáforas e imágenes que deslumbran.

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook:- Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Navone, Ana

<http://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com.es/2015/04/ana-navone-mar-del-plata-provincia-de.html>



GRACIELA REVECO - Documento Word - (Mar del Plata - Argentina)

La lucha entre la forma y el contenido está en el pensamiento: el contenido lucha por formarse, dice Clarice Lispector. En esta frase, la autora de *Amor* -y de tantas otras obras con mismo eje y movimiento- manifiesta que todo está en la mente y que la palabra puede ser reveladora de distintos mundos, con procedimientos poéticos y superposición de voces. A través de la escritura busca la autenticidad, escribir en forma distraída, sin preocuparse de que *la palabra pesque lo que no es palabra y se pierda*.

Este relato muestra el genio verbal de Clarice Lispector para describir la cotidianidad de una mujer común que se desplaza por la vida con una emoción singular, con miedo, con mentises, propensa a encontrar en su entorno la oscuridad del color. Su destino es un purgatorio. “Se protegía trémula. Porque la vida era peligrosa. Ella amaba el mundo, amaba cuanto había sido creado, amaba con repugnancia. Del mismo modo en que siempre había sido fascinada por las ostras, con aquel vago sentimiento de asco que la proximidad de la verdad le provocaba, avisándola”.

Tampoco hay una trama, rasgo característico de Lispector. En *Amor* despliega imágenes metafóricas del mundo como paradoja del oscuro espanto de la felicidad, sin más historia que la penuria de ver hasta lo invisible y meterse de lleno en él. El relato se proyecta con imaginarios, encuentros y desencuentros en una fábula de supervivencia. El ciego y el Jardín Botánico son dos elementos que definen esta fábula y convierten a la mujer en avatar de su realidad. No puede ver y la belleza del Jardín Botánico no es más que el Infierno reflejando el Edén. El secreto está en la mirada, lenta crucial que revela la rutina con la familia y los hijos, en el desaliento por las leyes morales, religiosas y jurídicas que limitan su libertad. Frente a esa vida tenebrosa -como la del ciego- sin ventanas

que le permitan respirar, ella sucumbe a los fantasmas que terminan apagando la última llama del tedio, del inconformismo, de un día más de miserias.

Clarice Lispector se distingue por su creatividad líricamente ingeniosa, por el fluir de la conciencia, por su escasa argumentación, a veces hermética, por su experimentación con la lengua y por alterar las reglas de la puntuación. Puede compararse con James Joyce por su inclinación a explorar la vida psíquica, reflejando hasta



los más ínfimos movimientos interiores, y también con *Virginia Wolf* por intentar responder a los profundos interrogantes: ¿qué es la vida? ¿qué es el amor? ¿qué es la realidad? ¿quién eres tú? ¿quién soy yo?

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion



HÉCTOR BALBONA DEL TEJO - (España) - Documento Word

En ningún momento está en mi intención presumir de conocedor profundo de la literatura, he de confesar sin pudor ni sonrojo alguno que muchas cosas las voy aprendiendo sobre la marcha, buscando, revolviendo en esos baúles en los que se amontonan papeles sobre todo tipo de relato o narración, y de uno y otro van surgiendo algunas ideas que, por lo menos para mí son, sensibles de ser aplicadas en el texto que tengo delante y que quiero comentar.

Ya lo dije en más de una ocasión, estos artículos más que comentarios de texto, que creo es lo que deberían de ser, son exposiciones de reflexiones sobre un tema concreto, el texto que se comenta, por lo que las conclusiones, sueltas e independientes muchas veces entre sí, pueden resultar un tanto caóticas, pero...

Clarice Lispector, Aunque nació en Ucrania en 1920, paso su vida en Brasil donde falleció en 1977, se la considera una escritora brasileña del movimiento modernista, dentro de la generación del 47.

“Amor” es uno de los cuentos que Clarice Lispector reunió en un libro con el título de “Lazos de familia”, Como el título parece que quiera dejar entrever en estos cuentos que tratan temas propios de la familia, el hogar, la vida cotidiana de unos padres y unos hijos.

En el título “Amor” tiene como protagonista a Ana, que tiene una vida rutinaria de Madre, esposa y ama de casa,

Lo que en un principio me pareció sencillo, en cuanto a que el contenido del relato estaba bastante claro con la historia que nos contaba en narrador a través de Ana no se salía mucho de lo que todos observamos en la vida cotidiana, pero después llegan los detalles, un párrafo, una frase, una palabra, y todo cambia, todo toma un sentido muy diferente o cuando menos con alguna matización concreta a ese punto que nos pone delante el relato de Clarice Lispector

La vida es complicada, por muchas razones difícil de armonizar, aunque tengas los más sólidos principios y fundamentos. sobre los que se organice la vida. Clarice Lispector al escribir el relato pone sus propias reglas, pero nunca las impone, lo que el autor espera es que el lector haga suya la historia del relato casi de forma inmediata, pero en este caso, por lo menos a quien está escribiendo, no le resulta fácil el conseguirlo, posiblemente demasiado movimiento de ideas desde el principio, o ideas contrarias a lo que uno tiene por principios.

Clarice Lispector presenta en su relato la imagen de una mujer de clase media, madre de familia, que a pesar de ello tiene sus vacilaciones, y que a pesar de su casada y con familia, está predispuesta a ciertas actividades vacilaciones;

Ana como muchas mujeres, llega un momento en la vida a las que teniéndolo todo les parece que les falta algo, que todo aquello que ella mismo ayudo a construir no es lo suficientemente solido para mantenerla con la vida y la ilusión que el tiempo fue dejando atrás, no es que vida e ilusión desaparecieran, no se mantienen, pero seguramente habría que de cuando en cuando airearlos, ponerlos en la ventana del corazón y darles un poco de vida.

(Abro un paréntesis: No sé si me salgo del guion, pero lo que le pasa a Ana no es exclusivo de las mujeres, también a los hombres les sucede, el adormecerse cómodamente es algo muy habitual y en lo que por más promesas que nos hagamos caemos todos, cierro el paréntesis.)

Hay dos expresiones en este cuento que hacen pensar, reflexionar lo que podemos entender de esta lectura, una de esas expresiones es “Epifanía” y la otra la hora peligrosa de la tarde”

Epifanía es una expresión de un amplio significado y de variada aplicación, aparte del más común de aparición, también puede entenderse como manifestación o revelación de algo importante. Lo que tiene una explicación más sencilla epifanía puede referirse a todo elemento que se manifiesta inesperadamente, sea cual sea su carácter. Como ejemplo de epifanía suele ponerse una idea que se tiene de repente ante una situación concreta. Y adentrándonos en un sentido filosófico, epifanía puede referirse a “una profunda sensación de realización al comprender la esencia o naturaleza de las cosas.” Y también que se ha tenido una idea o pensamiento único, indescriptible.

El otro concepto “La hora peligrosa de la tarde”, en una primera lectura este concepto te llena de preguntas ¿Qué hora es esa?, ¿qué significado tiene? Las respuestas vienes teniéndolas desde el comienzo del relato, Ana en cuanto sube al tranvía comienza a preguntarse y lo hace en un monologo.

Para Ana la “La hora peligrosa de la tarde”, no es más que ese espacio de tiempo en que realizadas todas las tareas que requiere la casa y las atenciones del marido e hijos queda en vacío, sin obligación alguna, más que dar vueltas a los pensamientos y buscar soluciones para problemas que no existen.

Es el mortal aburrimiento del ama de casa. Donde comienza a pensar que no es útil, no valora todo aquello que hace desde la primera hasta la última hora de luz, que se apaga cuando vencida cierra los ojos para descansar, en realidad para tratar de hacerlo pues sigue pensando en lo que volverá a hacer a la mañana siguiente, cuando todos despierten y se enciendan todas las luces que iluminan un nuevo día. La limpieza del polvo de los muebles, los desayunos, la compara... la rutina diaria de la vida que ella misma eligió por amor, y estaba orgullosa de ello, nos dice la autora: **“El hombre con el que se había casado era un hombre de verdad, los hijos que habían tenido eran hijos de verdad.”**

Son muchos los que repiten una y otra vez y en distintos contextos que “La juventud es una enfermedad” y en las páginas de este relato que Clarice Lispector, la vuelve a poner en labios de Ana: “Su juventud anterior le parecía tan extraña como una enfermedad de vida”.

De esa extraña enfermedad surgió el contexto en el que se desarrolla la vida de Ana en la actualidad, de la nada surgieron un montón de personas, hasta entonces desconocidas, personas que la empujan a continuar con la vida llenándola de cosas nuevas que las que hasta aquel entonces eran habituales, ahora quedaban fuera de su alcance, llegando a “descubrir que también sin felicidad se vivía”.

Quizá Ana lo que no concebía con aquel cambio en su vida era que el concepto de felicidad va cambiando con la vida, y que las decisiones que se toman influyen En el concepto de felicidad.

Básicamente por felicidad se entiende tener un estado de ánimo positivo, y esto según el carácter de las personas varia de forma extraordinaria, aunque se vincula con las motivaciones y el bienestar de la persona. Que se manifiesta especialmente cuando se alcanzan las metas. deseos y propósitos y se mantienen en un tiempo duradero al no haber adversidades que dificulten su desarrollo.

La motivación es aquello que hace que una persona se sienta impulsada a mantener una acción y su desarrollo para conseguir su realización, Ana, tenía la motivación de tener una familia, un hogar, un marido, unos hijos, y eso lo había logrado, ahora tenía la desmotivación de creer que su acción ya no era importante, de ahí que la actuación de su entorno resulte tan importante para reafirmarla en su estado anímico de motivación y de acceder a la felicidad.

Habría que designar en primera instancia aquello que es motivador para alguien, en lo que se va a centrar para enfocar toda su fuerza.

La compra, la rutina, las personas, las paradas del tranvía y los personajes que hay en ellas esperando para emprender viaje. ¿y su viaje? El viaje de Ana comienza cuando sube al tranvía un ciego, y que además masca chicle.

EL ciego que mascaba chicle que tanto impresiono a Ana, que en un principio le llamo poderosamente la atención, al final termino alejándola del mensaje que ella interpretaba le quería transmitir, sintió miedo, al tiempo que curiosidad y es tanto así que se perdió en el viaje en tranvía y termino varias paradas más allá de la suya. ¡

Pero no fue en vano esa pérdida, esa desorientación, termino en el jardín botánico, y casi a la hora de cierre, ¿Y eso, que puede significar? El narrador nos describe ese momento como la caída de Ana en un semisueño y hace una pregunta: ¿De dónde venía el medio sueño por el cual estaba rodeada? La pregunta puede darnos alguna respuesta, si pensamos en cómo se puede interpretar la presencia de árboles en los sueños quizá entendamos algo.

Ana tiene unos momentos de reflexión que podemos situar en varios puntos de la narración, uno de ellos estaría en el Jardín botánico, esa pérdida que pudo ser esencial para sus dudas, aunque sin duda dolorosa, pero que en el contemplar los árboles, encuentra lo que significa lo importante de la vida, cada uno de ellos es un sueño, una meta o algún aspecto importante de la vida, son arboles sanos, como su vida, el movimiento de las hojas por la brisa le hacen pensar que no la toman en serio, que se ríen de ella. Pero más bien todo lo contrario, están firmemente enraizados en la tierra, como sus convenciones, y como estas en algún momento de la vida parecen tambalearse, pero al final se mantienen firmes y se elevan sobre la tierra, sobre la perspectiva de la vida.

Los árboles significan algo sólido, consolidado, en lo que las ideas se pueden sostener y perdurar en el tiempo, renovándose en los principios que la persona tiene cada primavera cuando de cuello las ramas se llenan de follaje, que a pesar de las apariencias nunca estuvieron muertas, sino preservando en tiempos complicados su vitalidad, sus ideas y la finalidad que tienen en la vida.

Ana cuando sube al cambia, “se acomoda en el asiento” lleva su bolsa recientemente tejida, conteniendo todo lo que en ese momento es su vida, las obligaciones que como ama de casa de había impuesto voluntariamente, La bolsa que lleva Ana, es el resumen de una decisión de su vida, el crear una familia, en ese momento en que se encuentra esta dudosa, no tiene ni muchas ni pocas dudas, pero tiene algunas, aunque en realidad más que dudas es una necesidad de reafirmarse en sus principios, en sus decisiones, distinguir aquello que la llevo a tomar en su momento la decisión de ser una mujer de familia y no otra cosa, las dudas no deben de durar mucho y de hecho no lo hacen, en un momento determinado después de un complicado camino en el tranvía y en más su paseo por el jardín botánico, asustada, encuentra la respuesta, que no es otra que el amor, esa fuerza que la llevo hace tiempo a decidir sobre su modelo de existencia. En el amor que tienen en sus hijos, en su marido en la familia está la respuesta a todas sus dudas,

La mirada del ciego, revuelve en Ana recuerdos del pasado, de aquellos tiempos que por decisión propia dejo atrás para vivir otra vida, una vida entregada a una familia, convertirse en responsable de un hogar con todo lo que eso supone de responsabilidad, de renunciaciones, pero al mismo tiempo de satisfacción.

Pero es inevitable que, en la vida, en momentos determinados y por circunstancias que se nos escapan a nuestra voluntad aparezcan aquellas vidas que tuvimos y que renunciemos, y su aparición sean con ronroneos, que por instantes resulten confundidores de la realidad que aceptamos para la vida. Ana en la mirada del ciego, ve todas las posibilidades, porque es una mirada sin luz, sin vistas, solo viva por la imaginación que el ciego le ponga y que la propia Ana se empeñe en poner que el ciego pueda estar viendo. Aquello Ana no le sirve porque ella estaba ya en su destino de mujer, esposa y madre de familia, con unos hijos que se cogen a ella como único medio de curación de todos los males.

Reflexión final - Posiblemente deberíamos de detenernos a pensar en qué hace decaer las motivaciones que Ana tenía para enfrentarse al desafío de la vida, esforzarse por cumplir unas perspectivas, luchar por ellas, conseguirlas y casi instantáneamente derrumbarse, dejar que “la Hora peligrosa” lo invada todo y produzca cuando menos una duda en el concepto que Ana tenía de su realidad. Pienso que todos esos altibajos se

originan desde el momento que la persona, una mujer, siente que su ardua tarea en un hogar, sus esfuerzos sacrificios, renunciadas, no son valorados como correspondería a tales actuaciones.

En estos tiempos se habla mucho de la “igualdad” creo que se hace desde un concepto totalmente contrario al que en realidad entenderían las mujeres. La igualdad no es que la mujer tenga los mismos derechos, legales, laborales y políticos, que los hombres, eso ya lo ampara la constitución, A lo que aspira la mujer es a que se le valore en su “trabajo” y hay que decir que “duro trabajo” sea tenido en cuenta y considerado como debería de serlo un trabajo que es fundamental en la sociedad, la atención a las necesidades de la familia.

Sin duda habrá mujeres que desean realizar trabajos laborales o de ejecutivos, pero seguro que otras muchas tomarían la determinación de Ana: **“Ella había plantado las simientes que tenía en la mano, no las otras”**.

En el relato el autor nos da otras motivaciones sobre las decisiones tomadas por Ana para su vida: **“Ana siempre había tenido necesidad de sentir la raíz firme de las cosas. Y eso le había dado un hogar”**. Lo que si les falta es ese reconocimiento que vacié de sombras, dudas y temores “La hora peligrosa” como llama Ana a ese momento del día del deterioro anímico. Que se supera al llenarse la vivienda del bullicio de los hijos, y de la presencia del marido. Fundamental un buen marido, como el de Ana.

Me resulta difícil llevar un orden en las reflexiones sobre este relato, quizá debiera hacerlo, esforzarme más por conseguir ese orden, pero una cosa me lleva a la otra saltando, soy consciente, por encima de muchas cosas que están por el medio, cosas del pasado que llego al presente, o el futuro que uno con el pasado.

Estos momentos del día que integran la “Hora Peligrosa” son momentos de reflexión, que al tiempo causan en Ana una gran inquietud, es cuando siente mayor tentación de revisar las convicciones que en que se fundamenta su vida, la dedicación a la familia, al cuidado de la casa, mantener el orden y la unidad en ella y en la familia, algo tan importante y fundamental para ella y entre lo que está destacando las obligaciones como madre, esposa y ama de casa. Pero el que cada miembro de la familia a esas horas este sumido en sus “funciones”, la sume en ese mar de dudas que dan contenido a la Hora peligros”.

Su tiempo tiende a parecerle vacío, dentro de una rutina aplastante y demoledora pero también muy temporal y puntual, motivada por la sensación de que ya no es útil a todos los que la rodean, que sus actividades, tana numerosas, propias de una mujer muy activa, carecen de la importancia que tuvieron en otros tiempos.

Menos mal que enseguida se oye la primera llamada a la puerta, los niños que regresan del colegio, el marido del trabajo, los familiares y amigos que llegan a pasar el rato y hacer buena compañía.

El abrazo de ese hijo que llega del colegio con un ansia loca de tener un abrazo de la madre, de oír su voz, de sentir que tiene en casa una seguridad. AL final la temida “Hora Peligrosa” pasa dejando un confuso sentimiento que se va diluyendo con la vuelta la normalidad, a la pervivencia de las decisiones tomadas y a la felicidad familiar, una realidad llena de sucesos muchas veces imprevistos que con algunos matices de dolor terminan por ser diluidos por la felicidad.



Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Balbona del Tejo, Héctor

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2019/02/hector-balbona-del-tejo-grandiella.html>



SUSANA ARROYO FURPHY – (Australia) - Documento Word y vídeo

El cuento titulado “Amor” de la escritora Clarice Lispector es una deliciosa lectura a la vez de profunda e intrincada.

Se encuentra llena de simbolismos e imágenes que la narración va creando en la mente del lector.

Una mujer aparentemente simple explica sus pensamientos y las sensaciones que percibe de su entorno.

Mágicamente nos permite entrar en un mundo de sensaciones complejas. De subir a un autobús con la compra del mercado, lo cual es una actividad por demás sin interés alguno, se va descubriendo avasalladoramente la profundidad de una mente que se encuentra impregnada de emociones y sensaciones.

Un hombre ciego que aparece en su camino es el detonador para volcar toda una gama de posibilidades de tristeza y desasosiego.

La mujer mantendrá a lo largo de su encuentro con el ciego una relación compleja y de dolor, pero colmada de amor y verdadera compasión.

Nada es narrado desde ese momento de manera simple o cotidiana. Los pensamientos y los sentimientos se desencadenan como una oleada de emociones que van desde los recuerdos hasta la desesperanza.

El dolor que le causa la vida del ciego y su pobre situación le provoca un daño casi físico, el estupor obliga a la mujer a sentir un gran desasosiego.



La mujer es presa de un martirio casi inextinguible. Sufre con él, siente lo que el hombre puede sentir, el dolor la perturba, la acecha, la conmina.

Esta maravillosa narración logra en el lector un cúmulo de sensaciones que van desde la admiración a la mujer hasta cierta hermandad que inunda los sentidos. Este relato me ha permitido recordar la escritura de Dostoyevsky cuyas descripciones eran impecables y profundas, como la de aquel hombre que tenía un rostro como el de alguien que va a estornudar, por ejemplo.

Así, Clarice Lispector describe con gran soberbia los minúsculos instantes de la percepción cotidiana en la mirada de una mujer excepcional. Y lo hace con gran maestría. Este relato, así como toda la obra de esta excelente escritora es de gran belleza y sinceridad. La autora es sencillamente rutilante. Su influencia se ha dejado ver en muchos escritores.

Clarice Lispector es una escritora que todos debemos leer.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

<https://youtu.be/HUUNBQJpbX8>

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Arroyo Furphy, Susana

<http://revistaliterariaplumayintero.blogspot.com.es/2010/11/susana-arroyo-furphy-mexico-australia.html>



Cuántas noches al acostarnos y cerrar los ojos, a la espera de un reparador descanso, nos han asaltado, violentamente, un batallón de anárquicas imágenes. Imágenes, por regla general, inconexas y sin sentido aparente. Imágenes que juegan con el tiempo/espacio y nos perturban y alteran, porque somos incapaces de controlarlas. No podemos controlar nuestros propios pensamientos, lo que nos llega a producir una gran angustia y desasosiego.

Leyendo Amor, el relato de Clarice Lispector, me ha dado la sensación de que ese mismo descontrol de imágenes y pensamientos, son los que dominan la vida de Ana, su protagonista.

Amor es un relato extraño y, en ocasiones, de difícil comprensión. Un relato en donde, no sé si debido a la mala traducción, o por una más que discutible relación de la escritora con los signos de puntuación, puede llegar a desorientar en su lectura.

Amor es un relato que hay que leer con calma, párrafo a párrafo y sin demasiadas pretensiones de entenderlo todo.

El resumen simplista podría ser la frustración de una mujer al sentir que su único rol en la vida ha quedado reducido al de ama de casa. Pero por supuesto hay más; mucho más.

Ana representa el inconformismo y a la vez la resignación ante ese papel abnegado de madre, esposa y mujer gris, que ella acepta como una especie de castigo en aras de una recompensa para la eternidad. Qué lejos quedan probablemente aquellos sueños de juventud en donde la vida, que se presentaba ante ella, radiante, explosiva y llena de aventuras, la iba a convertir en una mujer única y maravillosa.

En constante enfrentamiento con ella misma, solo encuentra consuelo refugiándose en su fantasía, la única que le ayuda a salir de su mundo pequeño y asfixiante.

Dentro de ella se ha acomodado un pensamiento o un convencimiento que me parece terrible: Sin felicidad también se vive. ¿Quiere esto decir que hay un momento en que se deja de soñar?

Ana transita durante la mañana por la casa con mayor conformismo o asomo de alegría, porque durante estas primeras horas del día tiene la cabeza ocupada. Hay que hacer la comida, fregar la casa, arreglar lo desarreglado...

Es, sin embargo, al llegar la tarde, cuando se siente acechada por todos los peligros. Esas horas en las que ya todo está hecho, y cada habitante de la casa (marido e hijos) están en sus respectivas ocupaciones.

Esas horas en las que siente que ya nadie la necesita, y lo peor, en donde encuentra tiempo para volver a pensar en su vida presente. Es entonces cuando un deseo irrefrenable la obliga a salir de esa casa; a huir de ella.

Y coge el tranvía. Al subir en él busca un asiento en donde se recuesta cómodamente, dejando escapar un suspiro, casi de satisfacción. Ese es su momento de desconexión, quizás el primero del día. Dentro de ese transporte público solo cabe dejarse llevar. Hasta el tiempo deja de estar en sus manos. ¡Qué gran ocasión para abrir un libro!

El tranvía se mueve, transportando en su interior a unos desconocidos seres humanos que conseguirán desbordar su imaginación.

Todo lo que ocurra dentro de él cobrará un especial protagonismo, dentro de su atormentada cabeza: el propio tranvía, el conductor, el muchacho de los diarios, la señora de azul, la cesta de malla, los huevos, que acabarán estampándose contra el suelo, produciéndole una gran zozobra al intentar encontrar el significado a esa masa amarilla viscosa en que han quedado reducidos, y el ciego...

Ella misma reconoce que la temida crisis, ha vuelto. Una crisis de locura y alejamiento de la realidad, que la sumerge en un mundo abstracto y esperpéntico.

¿Quién es este ciego que sube al tranvía? ¿Qué representa para ella? ¿Por qué queda hipnotizada por su figura? El morbo de mirar sin ser vistos. La excitación de observar, hasta con impertinencia, sabiendo que la otra persona no puede vernos y, por lo tanto, no puede juzgar nuestros actos.

¿Puede el ciego, por el mero hecho de ir relajadamente masticando chicle, despertar en ella sensaciones olvidadas o castradas?

Ana sufre un pequeño ataque de pánico al darse cuenta de que había dejado atrás su parada hacía mucho rato, lo que la obliga a bajarse en un lugar extraño. El miedo a lo desconocido, a lo que no controlamos. El ser humano se maneja bien dentro de la rutina. Cuando algo lo aparta de ella regresan todas las inseguridades.

El pánico de la protagonista encuentra su antídoto en la naturaleza, que rebosa de vida en el Jardín Botánico, lugar donde acaban llevándola sus pasos.

Pero tampoco allí encuentra la paz. Todo la perturba. Hasta la propia energía que desprende esa naturaleza, manteniéndose poderosa y hermosa, mientras a su alrededor se van cumpliendo los ciclos de la vida y de la muerte.

Hay una frase en este relato que me ha impresionado mucho porque, con otras palabras, a veces a mí también me la ha susurrado mi corazón: El Jardín era tan bonito que ella tuvo miedo del Infierno.

Cuando en ocasiones la fastuosidad de la naturaleza me sobrepasa, y pienso que no hay nada más bello y perfecto que ella, me siento tan pequeña que he llegado a sentir como un vértigo, un repentino pánico de que algo terrible (supongo que mi propio infierno) no me permitiera volver a disfrutar de su grandeza, nunca más. Al venirle a la cabeza la imagen de sus hijos, devolviéndola a la realidad, Ana abandona rápidamente ese mundo de ensueño donde se encontraba. Tiene que volver a su papel de madre, esposa y mujer entre miles de mujeres.

Tan ajena estaba de esa realidad que, al llegar a su casa, le resulta extraña. Hasta su hijo que corre hacia ella le parece un extraño.

La pureza de la infancia dota a los niños de un sexto sentido que con los años, por desgracia, se va perdiendo. Ese sexto sentido hace que el pequeño se separe asustado de los brazos de su madre. Aquella mujer de mirada perdida no es su madre.

Desde que llega a su casa es todo un delirio, una lucha de lo que ella cree que son sus ángeles contra lo que ella cree que son sus demonios. Hasta los insectos que revolotean a su alrededor le producen inquietud.

Afortunadamente para su equilibrio emocional, la cena familiar con sus hermanos, cuñadas y sobrinos la relaja. El estar rodeada por personas que quiere, le proporciona la deseada tranquilidad y la alegría de espíritu que tanto necesita. Entre los suyos se siente segura; ellos la protegen. Sus simples y banales conversaciones la llenan porque, ni siquiera, le exigen entenderlas; se va deslizado por ellas como lo haría por un suave tobogán. Pero cuando vuelve la soledad, vuelve la culpa. Y nuevamente aparece el ciego...

Él había abierto, sin saberlo, las puertas de un calabozo que llevaba cerrado a cal y canto demasiado tiempo. El del deseo más carnal e irracional. El deseo que anula voluntades, pero que ayuda a alcanzar el paraíso.



El ciego para ella simboliza la infidelidad, con toda la carga erótica y explosiva que conlleva. La infidelidad de pensamiento, que es casi más peligrosa que la de hecho, porque no tiene más testigo que el propio corazón.

Quizás, por ese sentimiento de culpa, se asusta cuando cree que al esposo le ha ocurrido algo (un simple problema doméstico) y le grita -¡No quiero que te suceda nada, nunca!

Que sus malos pensamientos y su debilidad no le perjudiquen ni le hagan daño porque jamás se lo perdonaría.

Lo que Clarice Lispector ha querido contar con Amor, solo ella lo sabe. Los demás solo podemos hacer conjeturas y dar nuestra opinión y visión personal que, quien sabe, a lo mejor está totalmente alejada de lo que ella tenía en su mente cuando lo escribió.

Pero de todos los relatos hay que intentar sacar una conclusión, porque eso es señal de que han despertado en nosotros una emoción o, al menos, un interés.

Para mí el mensaje que me queda tras su lectura es el de no abandonar nunca los sueños. Que, si la vida al final nos lleva por otros derroteros, no nos quede el reconome de pensar que ni siquiera lo intentamos.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

<https://youtu.be/pjcNdJ1NaPs>

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion



CARMINA MARTÍNEZ-REMIS - (España) - Documento Word y vídeo

Clarice Lispector - Escritora de novelas, relatos, cuentos, periodista y poeta. Nació en Chechenik Rusia en diciembre 1920, de origen judío y falleció en diciembre de 1977, en Rio de Janeiro, Brasil. Murió joven a los 57 años.

Se la reconoce como una de las escritoras mejores de su tiempo. A los veintiún años recibió el premio Graca Aranha con el libro Cerca del corazón salvaje. Más adelante entre muchos escritos sobresalen La manzana de la oscuridad y La pasión según G.H con la cual obtuvo un gran éxito. Entre los años sesenta y setenta se dedicó a escribir cuentos infantiles.



Amor - Un relato de un momento en la vida de una mujer que sufre una metamorfosis creada por una visión que la causa un efecto inesperado.

Una mujer que vive en un mundo hecho a su medida, ama de casa y en un ambiente relativamente cómodo. En el trayecto en un tranvía en dirección a la calle donde ella vive, su mente la lleva a la desesperación, angustia, tristeza, miedo, incapaz de reaccionar.

Su visión la ha trasladado a una realidad oscura y sucia, que la provoca una inestabilidad difícil de superar. Un relato magnífico, en donde la autora tiene una destreza muy firme escribiendo una situación inquietante sobre la mente humana.

El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

<https://youtu.be/u193RlkixXc>

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Martínez Remis, Carmina

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2020/03/martinez-remis-carmina-madrid-espana.html>



MARÍA CRISTINA BERÇAITZ - (España) - Vídeo



El vídeo se puede ver en YouTube en el siguiente enlace:

https://youtu.be/fBt_hHznI2o

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?context=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Berçaitz, María Cristina

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2022/07/maria-cristina-bercaitz-buenos-aires.html>



**VANESA A. GÓMEZ - Documento Word
(Tres Arroyos - Prov. De Buenos Aires, Argentina)**

En este caso con el comentario del cuento “Amor” de la escritora Clarice Lispector (Ucrania, 1920-Brasil, 1977), quien fue periodista, reportera, traductora y escritora de novelas, cuentos, libros infantiles y poemas. Ella definía a su escritura como un «no-estilo».

Cuenta la historia de Ana, una mujer casada, quien tiene una vida ordenada y sale por unas horas de su metódica vida de ama de casa y revive emociones disociadas al sentir amor por un ciego que ve en la calle mascando chicle. Se sube a un tranvía colocando sobre sus rodillas una bolsa de malla. Desde el principio ella piensa como era su vida pasada, y compara la vida actual como adulta, “cierta hora de la tarde era peligrosa...”. En cierto momento el tranvía frena y se desparrama su mercadería. El ciego percibiendo lo sucedido deja de masticar. La nueva sensación le trae repulsión propia del existencialismo, al convertir su concepto del amor y suponer el descubrimiento de su potencia de ampliación de la compasión más allá de su familia.

Una historia muy atrapante ante la percepción de Ana respecto a la felicidad con sensaciones confusas desarrolladas durante todo el cuento, colmadas de ansiedad y temor. La observación del mundo que la rodeaba se entremezcla con amor, inseguridad, pasión y belleza de lo percibido. Le atemorizaba la inseguridad de lo

imprevisto "...su alma golpeaba en el pecho..."; Lo cotidiano le parecía "seguro" y lo describe como vida sana. Me pregunto, ¿qué sucede ante el amor acerca una existencia desconocida? Se destaca en el desarrollo del cuento su flujo de consciencia. A partir de ahí ella siente un amor de su pasado que la lleva a la nostalgia y evoca en imágenes.

Ana contempla el amor por sus hijos a los que abraza, por su marido con quien comparte la vida, sin embargo, la presencia del ciego cuestiona su concepto del amor. Cuando ella vuelve a su casa siente que realiza mecánicamente sus obligaciones, hasta se da tiempo de atender a parientes invitados una noche de verano. Volver a la cama con su marido la saca de este trance.

Es un cuento fuerte y complejo en sensaciones que en particular me genera ansiedad. Tiene poder de flujo de consciencia traspolado a lo literario, muy visceral. Es una descripción desde dos lados, lo que ve Ana y lo que describe el narrador. Es una forma de escribir interesante.

En la vida cotidiana las situaciones que nos suceden también son parecidas a las de Ana, lo analizamos en consciencia. Su vida energética de joven y la sensación actual que es "madura", le remite a la sensación de un problema existencial. Se define como adulta diciendo: "yo sé lo que tengo, lo que soy; pero existe ese contraste y define como "verdad" el ahora.



El cuento me ha inundado de preguntas, ¿Que sensación nos trae la adultez?, ¿qué es la felicidad?, ¿Qué es ser adulto, y que es lo que se pierde?, si esta supuesta adultez significa madurez. Si al dedicarse a otro, ya sea marido, trabajo, hijos, hogar, etc., creo que hay una pérdida del contacto con uno mismo. La autora lo toma el tema de manera tanto

pesimista y crea este personaje ingenuo o simplista al tomar la adultez sacando felicidad, como si esta seria absoluta de antemano. Diferencia entre la felicidad como una excitación y el hoy, en esta cotidianidad la simpleza que opera en la rutina. La historia nos invita a seguir pensando y cuestionar la realidad existencial que elegimos para ser felices.

Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?context=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook:- Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion



VIVIANA MALDONADO RAGGIO - Documento Word
(Lobería, Provincia de Buenos Aires - Argentina)

Una escritora brillante, enigmática, que se definió a sí misma con "no estilo", eso es precisamente a mi juicio lo que atrae y atrapa al lector.

Ana encuentra en su rutina un soplo de vida diferente, un amor empático, romántico, desconocido... una vida que podría ser hecha por la mano del hombre.

Su peor temor, la crisis, llega ese día cuando ve a un ciego estirando los brazos, pierde la mansedumbre del día y ve los rostros que nunca miró. Caen sus compras del regazo y el calvario aparente se llena de gozo, de piedad, de realidad.

El tranvía golpea con su vejez y ella ve la vida que quiso armar, su zona de confort, su repetición de todos los días, y entra al jardín enorme, se siente como una ciudad sitiada... ¿habrá allí alguien que le enseñe a ser feliz?

La oscuridad huele a manzanas y piensa en las simientes(hijos) que han crecido como los árboles, piensa en la mujer del saco azul, en el rostro del cobrador de luz, en la gente con hambre y siente que el mundo es tan rico y que se pudre, la humillación la abraza como ella a su hijo cuando llega a la casa. No dejes que te olvide (pide) y todo ocurre como todos los días "es más fácil ser santo que persona".

Y cenan y sonríen y la brisa vuelve a su estado de brisa y su esposo la pega a su costado, todo está como era ayer: el polvo de los muebles volverá arrepentido y ella apaga la lámpara (vela) con su llama inútil.

Excelente, para leer y releer.



Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: - Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion

Viviana Maldonado Raggio - Escritora

<https://revistaliterariaplumaytintero.blogspot.com/2021/01/viviana-maldonado-loberia-buenos-aires.html>



Identificarse, nombrarse mujer con su espacio femenino, que no solo es la casa sino la permeabilidad al amor, entendido como una ampliación de la fraternidad, un deseo de acercarse al otro y socorrer al desvalido. En este texto de Clarice Lispector la vida metódica sugiere una inercia que llama a la protagonista a retornar al curso normal de sus actividades, sin embargo, queda en ella la marca de una sensación nueva, que amplía su concepto de amor y a la que reacciona con temor, náusea, sorpresa.

Sumergirse en el torrente de palabras de Clarice Lispector es navegar en una nueva realidad atravesada por la palabra expresada en términos de “mirada” de “sensorialidad intensa” de “gesto íntimo” consagrando el instante y la importancia de lo aparentemente trivial, anodino. Conjuga un lirismo introspectivo y hermético con una dimensión hondamente filosófica.

Hay en este cuento, un narrador omnisciente que habla en tercera persona y que sabe todo lo que pasa, lo que piensa su personaje y por momentos deja ver el porvenir.

Ana es el personaje principal. El espacio doméstico familiar es producto de la creación y creatividad femenina. “Lo mismo que un Labrador” Ana es la autora y regidora de este mundo fenoménico que presenta una naturaleza dinámica, expansiva. Desde un principio se establece una íntima conexión entre la cambiante interioridad de este personaje y los estímulos externos, las cosas palpables, visibles que forman parte del acontecer temporal del universo y que son signo de vida, de un ser-y-estar-en-el-tiempo.

Se siente “la raíz firme de las cosas”, pero es en los atardeceres cuando la acosan las sombras de su desesperación y se agrandan los fantasmas. Ese es el momento de la verdad: “también sin la felicidad se vivía”. Ella ha tratado de cubrir horas con el manto de la cotidianidad, cuidando sus cosas, sus hijos, su marido, pero no logra evitar una sensación de terror agobiándola en los atardeceres cuando la turbulencia del día le da paso al espanto. “Cierta hora de la tarde era la más peligrosa” frase que da paso al despertar de la conciencia, crea suspenso, genera misterio sin llegar a la claridad. Exaltación extraña desde ese mismo instante. En su composición de vida de “adulto”, Ana gastó todas sus fuerzas, sofocó su desesperación descartándola junto con el polvo de la casa, alimentando el giro de su vida. Esto la compromete a tomar una postura. Y si acaso el espanto de esa felicidad, a la que ella renunció para entrar en su “destino de mujer”, se hiciera presente, ella sabría qué hacer para sofocarlo.

Entonces se produce un encuentro azaroso. Un viaje en tranvía de regreso del mercado, desata el caos en su ser: un ciego detenido en la vereda con las manos extendidas, mastica chicle. Una contingencia traumática es la irrupción inesperada, súbita, brutal, de un elemento que no puede integrarse en la trama del sentido. La trama es lo que nos mantiene unidos al sentimiento de continuidad de la vida. La trama del sentido es la bolsa de la compra que lleva Ana, una malla, una red tejida, una trama que contiene, que nos contiene, que la contiene a ella. El elemento súbito es una mirada. No hay nada mejor que un ciego para demostrar el poder de la mirada, que es capaz de ver más allá de lo visible.

El encuentro de Ana con esa mirada rompe algo, el mundo contenido en la malla del sentido se escurre, y ella se extravía, se pierde en ese otro mundo incierto donde todo se desborda, se sale de su contorno y de su forma. Una primera reacción de odio marca su rostro. ¿Cuál es el significado para ella de este hombre? ¿Qué amor renunciado, herido, mutilado la “sumerge su mundo en oscura impaciencia”? Ana se desliza entonces “hacia una bondad extremadamente dolorosa”

Ese otro mundo cuya metáfora es el Jardín Botánico, donde el Edén no se distingue del infierno: “El jardín era tan bonito que ella tuvo miedo del infierno”. Siente que ha descendido en medio de la noche. Su esfuerzo por cubrir con una capa de falsa normalidad su mundo se desmorona, resquebrajándose en su interior.

La autora envuelve al lector en una lucha sobre la problemática existencial de todo ser mujer y lo compromete también a tomar una postura.

Cuando baja del tranvía en el Jardín Botánico, Ana experimenta la vida en sus dos caras, en las diversas posibilidades que toda lógica no logra construir por su limitación. Dentro del jardín, “los troncos son recorridos

por parásitos con hojas, y al abrazarlos su contacto es suave, como el rechazo que precede a una entrega”, mezcla el asco con esa fascinación. “La crudeza del mundo era tranquila”

La autora otorga al lector la capacidad de reflexionar sin dar juicios de valor. Este adentrarse entre los árboles buscando su identidad, el árbol es ella misma en la simbología, es la lucha que tenemos los humanos dentro nuestro, entre lo que somos y lo que quisiéramos ser.

El regreso a su casa simula una vuelta a la realidad, pero no logra desembarazarse de la opresión persistente. Experimenta el desconcierto, el odio, la súplica incesante de aferrarse a su vida cotidiana. Toda gira pidiendo otra cosa, quizás otro amor, quizás otra vida. Caos orgánico. Final que deja expuesta la realidad a sus diversas formas, a infinitas posibilidades que presenta la vida.

El relato es una mirada de mujer. Es una invitación a hurgar dentro nuestro el verdadero destino de mujer, el que nos hará sentirnos realizadas, eliminando los temores a lo no vivido, a proyectarnos en plenitud.

Entonces reflexiono: una mujer, muchas veces se pasa la vida barriendo frustraciones bajo la alfombra del intelecto, tratando de que los ojos no vean y, por ende, que el corazón no sienta. Toda mujer sabe que existe una soledad que nos es propia. Es aquella, inmensa e insondable que resulta de haber nacido en un mundo ajeno, en un mundo diseñado para otro, masculino-singular. Y una con el “destino de mujer” acuestas. Ser mujer es abrir los ojos y al instante mismo de nacer percibir el aterrizaje en un lugar donde no la esperaban, donde no fue bienvenida, casi como un ser de segunda categoría. No importa la clase ni la raza: nació castigada, nació mujer. La anatomía, sólo por ser femenina, será taladrada por la desigualdad milenaria. Y con ella a cuestas, lo sepa o no, recorrerá la tierra como exiliada, maldita por habitar un espacio de otro, por ser mujer será arrojada a la casa, al polvo, a la costura, a la cocina, siempre el rincón postergado. El rol de la mujer y los cuidados exclusivos: ¿no tienen derecho a amar? ¿A reconocer el amor? ¿Al amor compasivo? ¿Al amor universal?

Mujer. Invisible. Suprimida. Silenciada. Hablada. Escrita. Desoída. Contada. Ana contada por otra, sin lenguaje, con una media modulación. Normada sin haber dado su parecer. La capacidad de amar escondida. La inteligencia tapada. Esa es la trayectoria de nuestros genes mujer.

Esos los modelos hacia dónde volver la vista. Ese es el libro de la historia. Y en él un par de páginas para las otras las que nadie logró domesticar, las que no siguieron las virtudes femeninas, las que no se sometieron. Sí, un par de páginas para las que no alcanzan a aplacar el desamparo. El alto precio a pagar por su revolución es con su cordura o con sus propias vidas. Pagando siempre.

Las mujeres escritoras, tal y como Clarice, somos testigos de los cambios sociales, vigías de la metamorfosis. Este avance que las mujeres protagonizamos es irreversible. Llegará el día en que escribamos: “aquella soledad, era otra”.

Hoy escribo el poema:

Me dijeron

es ahora levántate corré
en el desierto

 buscá la sed
movete médano en el viento

yo escuché

escalá esa montaña
hasta dar con el alimento para vos

no
para los tuyos

me dijeron

en la cueva
parí los hijos

como loba cuidá
los cachorros
desde el aliento

yo escuché

traé la caza entre los dientes
sin importar cómo ni por qué
la sangre
sin importar
cómo ni por qué cada herida

yo no hice caso
y volé
sobre la furia camalotal
a lomo del mediodía
volé
hacia el sur

recién entonces
sacudí barro mucho barro
y sangre de la huella

lloré



Enlace del evento en Facebook:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910?acontext=%7B%22event_action_history%22%3A%7B%22surface%22%3A%22group%22%7D%7D

Conversación (vídeos y textos) en Facebook: Enlace:

https://www.facebook.com/events/5535992939780910/?active_tab=discussion



Querido lector, tus ideas y sugerencias aparecerán en el próximo número de esta revista. ¡No seas un simple espectador, participa con nosotros! Envíanos tus cartas y dinos qué opinas. Ayúdanos a mejorar y, si te gusta escribir, y el relato, poema, micro relato, carta, diario, artículo, foto, pintura (óleo, acuarela, lápiz...) merece la pena, lo publicaremos como colaboración. Tened en cuenta este ruego: ¡Por favor, cuidad la ortografía así como la puntuación! ¡No enviéis los escritos EN MAYÚSCULAS FIJAS, dan demasiado trabajo pasarlos a minúsculas! Y, lo que mandéis, hacedlo solo a este correo:

castilloescobar.juana@gmail.com

Publicar en “Pluma y Tintero” es GRATIS.

Pluma y Tintero en Twitter:

<https://twitter.com/PlumayTintero>